

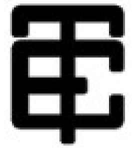
DOMADOR DE ÁTOMOS

LOUIS G. MILK

Colección ESPACIO

DOMADORES DE ÁTOMOS

por
Louis G. Milk



Núm. de Registro: 5787 — 1963
Depósito Legal: B. 23S11 — 1963

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY, S. A. — Arnaldo de Oms, 51—53 — Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando se llega a cierta edad, la perspectiva que ofrece la vida es muy distinta de la que contemplamos a los veinte años. Ciertamente, cuarenta y cuatro años no es una edad para que uno se considere viejo, ni muchísimo menos. Sobre todo en esta época, en que la Medicina, en su especialidad de gerontología, ha avanzado tanto. Los cuarenta y cuatro años de un hombre de hoy equivalen a los treinta de un hombre del siglo XX. Es una edad en la que uno alcanza, aproximadamente, un tercio del recorrido total de su existencia y, al cumplir esos cuarenta y cuatro años, uno piensa que, salvo accidentes desagradables, puede llegar muy bien a cumplir noventa o cien.

El cuerpo se conserva joven, por supuesto, y más si uno ha realizado una vida de relativa morigeración. Pero el ímpetu y el

ardor de los veinte años se pierden fatalmente; es ley natural. Entonces, aunque uno se sienta tan joven casi como entonces, se advierte más serio y ponderado, más dado a la reflexión y al equilibrio que al ardor y al ímpetu juveniles. Y, en lugar de buscar con afán desmedido cualquier cosa que amenice la existencia —placeres, diversiones, aventuras o, simplemente, trabajo para situarse y llegar a ser alguien— lo que uno hace es echar un vistazo atrás, ver lo que se ha conseguido y mirar luego hacia adelante, calculando cómo se puede conservar todo aquello que se ha conseguido.

Por eso estaba yo aquel día, en que esta narración da comienzo, un día y un mes cualesquiera del año del Señor de 2519, disfrutando de unas bien merecidas vacaciones, en el jardincito de mi casa de campo, situada a unos veinte kilómetros de Silver City, antaño turbulenta ciudad y hoy un emporio de riqueza y actividad realmente fabulosas.

Por encima de mí cruzaban, recorriendo los distintos y numerosos canales del tránsito, infinidad de aeromóviles de todas formas y tamaños, que brillaban como libélulas de todos los colores al impacto de los rayos del sol de una esplendente mañana de primavera. A lo lejos, los altísimos edificios de la ciudad relucían como ascuas de oro y, cerca de mi jardín, el río pasaba murmurando, entre una doble hilera de álamos de hojas de plata, que crecían entre un tupido césped de vivo color verde.

Era un espectáculo que no me cansaba de contemplar jamás, cada vez que mi trabajo me permitía unos días de vacaciones. Solía sentarme en una cómoda butaca, en el mejor rincón del jardín, con un libro al alcance de la mano, el televisor en funcionamiento, por si emitían algún programa de interés, y el robot—criado a pocos pasos, dispuesto a servirme los refrescos o alimentos que le pidiera.

Una vida de príncipe, en efecto, pero los pingües ingresos que me proporcionaba mi profesión me lo permitían un par de veces al año. Entonces, cansado de viajar de un sitio para otro, desde la Tierra a los más remotos confines de la Galaxia, me refugiaba en mi casa de campo, no sólo para entregarme al reposo, sino también para encontrar nuevas ideas que me permitieran continuar obteniendo esos pingües ingresos ya citados.

¿Que cuál es mi profesión? Amigos, ¿quién es el que no conoce,

de Rigel a Antares, de Arturo a Mizar, de Mira a Vega, al único, al grande, al maravilloso, al Gran Bertone, en una palabra? ¿No lo han adivinado todavía?

La humanidad, fundamentalmente, sigue siendo la misma que cuando no se conocía aún la rueda; esto es, desea ser engañada. Entendámonos; uno no va a la tienda a comprar carne y quiere que le engañen ofreciéndole pasta para sopa. Es en sus ilusiones donde desea que se le engañe un poquito, no mucho, lo justo para creer que es verdad lo que sabe positivamente no puede serlo nunca. Unos se lo hacen creer mejor que otros, y yo lo hacía mejor que todos. En una palabra, era prestidigitador. Lo de Gran Bertone no era exageración; antes bien, indicaba mi elevado sentido de la modestia, porque, de haberlo deseado, se habrían agotado todos los ditirambos elogiosos que pueden ponerse delante del nombre de una persona.

Por supuesto, yo no me llamo Bertone, aunque, con el tiempo, he llegado a habituarme a que me lo llame todo el mundo. Uno no puede actuar en un escenario usando el vulgarísimo nombre de Jack Smith. Nadie discutirá la honradez y la decencia del nombre, pero, si los empresarios anunciasen así a la principal atracción de sus programas, en cuatro días se verían pidiendo limosna.

El libro que había tomado de mi biblioteca había resultado ser un mazacote de hojas impresas, por completo indigerible. En vista de ello y como, por el momento, no tenía ganas de ir a buscar otro, hice que mi robot—criado me sirviera un refresco y me entretuve leyendo los anuncios que daba la televisión. Eran las dos y cuarto de la tarde y, desde las dos a las tres, por el canal undécimo, se transmitían todos los días anuncios personales. Había algunos muy divertidos; otros, no tanto, pero, la mayor parte de las veces, podía pasarse un rato distraído y agradable leyendo cosas de este o parecido jaez:

> **Exápodo de «La Perla» (Alfa de la Const. del Auriga), tridáctilo, 1er. premio Conservat. solicita colocación como organista.**

Bueno, seis patas y tridáctilo, eso significaba que podía tocar el órgano con dieciocho dedos a la vez. Encontraría empleo, a buen seguro.

Asociación Bomberos Voluntarios de Neápolis (Gamma del Dragón) daría colocación a cinco hombres—coraza de Albireo, del Cisne.

Los hombres—coraza de esa estrella eran ideales para apagar toda clase de incendios. A menos que se los arrojase de cabeza en el mismísimo sol, no ardían.

Compañía de Seguros de Épsilon (Auriga) colocaría un hombre—pensamiento de Sirrah, de Andrómeda.

Los hombres—pensamiento de Sirrah (Alfa de Andrómeda) habían arruinado a los constructores de cerebros electrónicos. Ahora éstos hacían máquinas de coser y bordar.

La verdad, desde que nos comunicábamos los habitantes de todos los planetas de los distintos sistemas estelares, la Tierra se había inundado de una colección de tipos de lo más curiosa. Seres con tentáculos por cabellos y cuatro pares de miembros; hombres con figura vagamente parecida a la de peces y que, naturalmente, debían vivir en sus peceras…; en fin, la gama de variedades morfológicas de los seres inteligentes de la Galaxia era tan grande, que se necesitarían varios gruesas volúmenes para describirlas a todas.

Por supuesto, los racistas fanáticos clamaban contra el actual estado de cosas, pero de nada les servia; según la Ley Galáctica, todo ser con inteligencia debía ser considerado como persona, cualquiera que fuese su conformación anatómica. Yo creo que, en el fondo, los racistas chillaban por chillar, porque no existían posibilidades de mestizaje entre un hombre de la Tierra, por ejemplo, y un Gusano Anillado de Menkar (Alfa de la Ballena). Cada uno seguía su camino y todos, mejor o peor, nos entendíamos satisfactoriamente, que era lo que importaba.

De pronto, cuando más distraído estaba presenciando maquinalmente la proyección de PERSONALES, pero buscando mentalmente nuevos trucos que ofrecer al público en mis próximas intervenciones, me di cuenta de que dos aeromóviles corrían veloces por encima de mi cabeza, a unos doscientos cincuenta metros de distancia.

Recuerdo que, a media voz, pensé:

«Están fuera de canal. Como los pesque la policía de tráfico, van a llevarse el gran palo.»

Volar fuera de canal era un delito que podía castigarse, según las circunstancias, hasta con quince años de cárcel y retirada vitalicia de la licencia de pilotaje. Los conductores de aquellos aeromóviles no parecían preocuparse mucho por su futuro.

Pude darme cuenta de que iban a pasar por la vertical de mi jardín. También vi que ninguno de los dos vehículos pertenecía a la policía; ambos eran del tipo común y corriente que solía usarse por aquel entonces: muy parecidos a una zapatilla volante, con una proa afilada y una especie de timón estabilizador en la cola, donde estaban situados los chorros propulsores. En cuanto a su sustentación en el espacio, obedecía, pura y simplemente, a la neutralización de la atracción terrestre. Diciéndolo con un término vulgar, antigravedad.

De pronto, observé que se desprendía un objeto brillante del primero de los aeromóviles. Escuché un fuerte silbido y, no sé cómo, presentí que corría un grave peligro. Esto me hizo tirarme al suelo, fuera de la hamaca, y a fe que no pude obrar con más oportunidad, ya que, de lo contrario, no estaría ahora escribiendo esta historia.

El objeto, cuya forma y utilidad ignoraba por completo, cayó como un bólido a tres metros de la hamaca. Rebotó, rasgando la red y salió disparado, llevándose por delante el brazo izquierdo de mi robótico criado. Luego, continuando su enloquecida trayectoria, atravesó, con gran estrépito de vidrios rotos, el amplio ventanal del «living» y acabó por estrellarse contra la repisa de la chimenea, situada en el lado opuesto.

CAPÍTULO II

Me levanté del suelo, todavía aturdido y no digamos desconcertado, por el suceso tan imprevisto. Desde luego, los dos aeromóviles se habían perdido ya de vista, pero esto me importaba un rábano. Lo que más me preocupaba en aquellos momentos eran

los destrozos ocasionados por la caída del bólido.

El robot estaba tirado en el suelo, como consecuencia de la violencia del impacto. Un breve vistazo me bastó para darme cuenta de que no era yo el más adecuado para reparar sus desperfectos; fuera de recambiarle la pila motriz, cuando ésta daba señales de agotamiento, yo no sabía hacer otra cosa.

Me asomé al ventanal, cuya gran vidriera había saltado en mil pedazos. El objeto estaba allí, al pie de la chimenea, rodeado de los fragmentos de falso mármol de la repisa, así como de los restos de un par de jarrones de porcelana de la III Dinastía de los Hhrios, de Sigma del Dragón, unas piezas de valor incalculable, dada su antigüedad, nueve mil seiscientos años nada menos, y no digamos su delicadísima factura. Me los había regalado una apasionada admiradora, que intentó por todos los medios sacarme de mi soltería durante una de mis estancias en Leoprea, capital de Sigma, sin conseguirlo, naturalmente, y los tenía en grandísima estima.

Blandí el puño, maldiciendo a los que habían arrojado aquel cacharro desde el aire. En aquel momento, de haberlos tenido delante de mí, la habría emprendido a golpes con ellos, palabra.

Pero era inútil rebelarse contra lo que ya estaba hecho. Lanzando un suspiro, rodeé la casa, entré en el «living» y me acerqué al objeto, que examiné con notable curiosidad y gran intriga.

Era una caja de metal muy brillante, parecido al cromo, y del tamaño aproximado de una gran maleta. Vendría a tener un metro veinte de largo, por sesenta centímetros de ancho y treinta y cinco de grueso. Sus aristas eran levemente redondeadas, pero no tenía ningún otro detalle, saliente ni entrante, en su pulidísima superficie.

Contemplé el trozo de metal con enorme desconcierto. ¿Qué objeto tenía? ¿Con qué fin había sido construido? ¿Se trataba, acaso, de una máquina infernal, que podría explotar en cualquier momento?

Esto último me parecía improbable. Cuando ya no había hecho explosión al choque, era de suponer que no la haría. Además no veía en él la menor grieta o hendidura que me permitiese encontrar una abertura para conocer su contenido.

Al cabo de unos momentos de atenta observación, decidí que el «living» no era lugar adecuado para tenerlo, así que me dispuse a

cambiarlo de sitio. Con gran sorpresa mía, pude advertir que era sumamente ligero; a juzgar por su apariencia, uno habría dicho que pesaba cien kilos, pero su peso real no pasaba de la quinta parte de esta cifra.

Lo transporté hasta mi despacho—estudio y lo dejé cerca de la mesa. Suponía que alguien vendría a reclamado algún día; si no, ya vería el modo de desembarazarme de él. Por supuesto, el reclamante debería pagarme los desperfectos; de lo contrario, aquel cacharro, valiera lo que valiera, permanecería en mi casa *per in aeternum*.

A continuación, llamé a la fábrica de robots y pedí uno nuevo. Solicité unos especialistas para que me reparasen los daños en el «living», después de lo cual, continué mi vida ordinaria, aunque un tanto preocupado, preciso es decirlo, por el cajón de metal que me había llovido del cielo. Sabía, digamos mejor presentía, que debía tener algún objeto, alguna finalidad, pero no se me ocurría en absoluto cuáles debían ser.

* * *

Cuarenta y ocho horas después, recibí la visita de dos individuos.

Uno de ellos era terrestre. Dijo llamarse Paul Pavlov y era de mi edad, más o menos, bajo, rechoncho y de mirada huidiza, pero astuta y recelosa.

El otro era un markabiano, claramente se veía.

Los habitantes de Markab, estrella Alfa de Pegaso, son acuáticos. Viven en un medio líquido, normalmente agua, aunque también soportan la inmersión en cualquier otro líquido, con tal de que en su composición entre como mínimo un veinte por ciento de la fórmula del agua, esto es H2O. Como es lógico suponer, parece que son peces.

Cuando están fuera de su planeta, se desplazan en grandes peceras, dotadas de un regenerador de oxígeno, de un dispensador de alimentos, un transmisor de sonidos y algunos otros instrumentos más que les son imprescindibles para la vida. Claro está que ellos no transportan la pecera; ésta se halla colocada en un pequeño vehículo de cuatro ruedas, dotado de un motorcito eléctrico, cuyos mandos maneja el markabiano desde su habitáculo. El markabiano de mi historia respondía al nombre de Qretsi.

Apenas los vi y se presentaron, supe que venían por el cajón de metal, sin que ellos me dijeran nada todavía.

—Por supuesto, señor Pavlov —contesté—. Lo tengo yo.

Pavlov sonrió de forma untuosa.

—Señor Bertone, no sabe cuánto deploramos este penoso incidente. Si su amabilidad es tan grande como su fama, y ésta se extiende hasta los más alejados rincones de la Galaxia, entonces no dudamos que nos entregará ese cajón de inmediato.

Percibí una levísima nota de amenaza en sus palabras. Ello me hizo fruncir el ceño durante unos instantes; pero, a fin de cuentas, tampoco tenía mayor interés en el cajón.

—Por supuesto —respondí—, pero habrán de cumplir ciertas condiciones.

—Usted dirá —contestó Pavlov, mirándome a través de sus grasientos párpados.

—¿Qué clase de condiciones? —preguntó Qretsi, con la voz chillona habitual de los markabianos, a través del altoparlante que le servía para comunicarse con el exterior. Vi que agitaba mucho la cola, signo inequívoco de nerviosismo en todo ser de su raza.

—Primero —contesté—: el cajón me pegó el gran susto al caer. Segundo: destrozó la hamaca en la cual descansaba y de la que me tiré justo a tiempo para no perecer convertido en pulpa. Tercero: hizo polvo mi robot—criado. Cuarto: rompió el ventanal. Quinto: arruinó mi chimenea, y sexto y último, convirtió de nuevo en caolín dos valiosos jarrones de la III Dinastía de los Hhrios. Ustedes comprenderán —terminé— que estimo lógico se me indemnice de todos los desperfectos sufridos. En especial, los jarrones, que no tienen reemplazo.

—¿En cuánto cifra usted el importe de esos desperfectos? —preguntó Pavlov sin pestañear.

Mencioné una cantidad. Imperturbable como un lord inglés de seiscientos años atrás, Pavlov sacó un talonario de cheques y rellenó uno de ellos por la suma estipulada. Lo firmó con rápido trazo y luego me lo entregó.

—Como puede observar, señor Bertone —dijo sonriendo—, al dorso del cheque verá el certificado del Primer Banco Galáctico hasta la suma de veinte millones de «garants». Ese cheque, por tanto, es dinero en sus arcas.

—Muy amable —contesté, embolsándome el cheque—. Si tienen la bondad de esperarme unos momentos, les traeré el cajón.

—Muchas gracias —contestó Pavlov.

Me levanté del sillón y me dirigí hacia mi despacho. Cuando estuve al otro lado de la puerta, miré a través de una rendija.

Pavlov estaba arrodillado al lado de la pecera, a la altura del micrófono por medio del cual Qretsi percibía los sonidos. Los dos cuchicheaban algo que no pude entender, pero que parecía irritar mucho al markabiano, a juzgar por los frenéticos latigazos que pegaba al agua con su cola.

Moví la cabeza, sumamente preocupado. Aquello no me gustaba demasiado, aunque, si lo miraba bien, tampoco tenía que acusarles de nada. No obstante, todavía me acordaba de los dos vehículos, perseguidor y perseguido, y ello me hacía pensar demasiado.

Pero ¿qué podía hacer? Nada, así que, poco después, les entregaba el voluminoso cajón de metal, que Pavlov levantó con ambas manos, sin la menor dificultad.

Cuando ya se disponían a marchar, después de haberme rociado con abundantes expresiones de gratitud, se me ocurrió formularles una pregunta:

—¿Les importaría decirme qué utilidad tiene ese cacharro?

—Experimentos científicos —contestó Qretsi rápida y lacónicamente, antes de que Pavlov pudiera emitir una sola sílaba.

El gordito sonrió de nuevo.

—Sí, eso es; experimentos científicos. Adiós, señor Bertone; le prometemos asistir en primera fila en su próxima representación.

Contesté, sonriendo:

—Les enviaré dos butacas.

Al quedarme solo, pedí al criado que me sirviera una copa y un cigarrillo. Tomé unos sorbos y lancé unas cuantas bocanadas de humo, mientras pensaba en la extraña entrevista que acababa de sostener. Al cabo de un rato, decidí que lo mejor que podía hacer era olvidar todo lo ocurrido.

Estaba escrito que no lo conseguiría. Cuando *ella* llamó y le abrí la puerta, sentí que se me cortaba la respiración. Y no es porque no haya visto mujeres mucho más hermosas que ella en mi larga vida de trotaestrellas, actuando en miles de escenarios, muchos de ellos separados entre sí por millares de años luz. Pero cuando uno se

encuentra a la mujer de su vida, las demás palidecen como las estrellas cuando sale la Luna. (Esto es poesía, ¡caramba!, y no lo que escriben algunos.)

Era de buena estatura, de larguísimos cabellos rubios, de un tono blanquecino, con reflejos dorados en ocasiones; ojos almendrados, nariz ligeramente respingona, labios frescos y jugosos y expresión, a un tiempo, dulce y enérgica. El resto de sus atractivos anatómicos estaba completado por un seno firme y erguido, sin desagradables exuberancias, una cintura de avispa y unas caderas de ánfora griega, todo ello enfundado en un vistoso traje de una sola pieza, muy ceñido a su cuerpo, de color plateado.

—¿Señor Bertone? —preguntó con voz que parecía la de un ángel.

Yo tenía la mandíbula caída por completo. Me pegué un golpecito en ella y la coloqué en su sitio.

—El mismo, señorita…

—Concordia Veintiuno —respondió, sonriendo de manera deliciosa—. Por favor, quizá le parezca un tanto extraño lo que voy a decirle, pero debo preguntarle si hace dos días cayó en su jardín un cajón de metal, semejante a una maleta de gran tamaño.

La quijada se me cayó de nuevo. Concordia Veintiuno observó el detalle con viva expresión de alarma. Era rápida de entendimiento.

—¿Qué sucede? ¿Acaso no lo tiene usted, señor Bertone?

Moví la cabeza despacio, de derecha a izquierda.

—Lo siento, señorita Veintiuno —contesté—. Hace treinta minutos, aproximadamente, se presentaron dos tipos, quienes manifestaron ser sus propietarios, por lo que, al no existir ningún inconveniente en contra, me creí en la obligación de entregarles ese cajoncito. Y así lo hice —terminé.

Concordia me miró con fijeza durante unos segundos. Luego, de repente, hizo lo que menos podía esperar: se sentó en un sillón, escondió su lindo rostro entre las manos y rompió a llorar.

CAPÍTULO III

E

l hombre se queda hecho polvo, por regla general, cuando una chica guapa llora en su presencia. Yo soy un hombre, *ergo*, me quedé hecho polvo.

Durante unos minutos, no supe qué hacer. Por último, lo único que se me ocurrió fue pedirle al criado una taza de café. Me senté junto a Concordia Veintiuno.

—¿Señorita?

Ella hipó, suspiró, lloró un poco más y, al fin, acabó por levantar hacia mí sus bellos ojos.

—¿Por qué les entregó la caja, señor Bertone? —preguntó en tono de reproche, aunque sin enojo.

—Tómese el café —ofrecí—. Después discutiremos eso.

—Gracias —suspiró la muchacha.

Digo que era muchacha porque aparentaba poco más de veinte años, aunque, con esto de los adelantos en tratar la edad del cuerpo, uno se lleva a veces muchos chascos de los gordos. Pero me pareció que, en todo caso, no había cumplido los treinta ni de lejos.

Al terminar, hice así con la mano izquierda y saqué un manojito de servilletas de papel. Esto la hizo sonreír un poco.

—Es usted muy amable, señor Bertone —contestó, casi ya repuesta.

Moví la mano derecha y saqué dos cigarrillos ya encendidos. Ella tomó uno y aspiró el humo con ansia.

—Créame —manifesté—, no tenía la menor oportunidad de probar que no eran ellos los dueños de la caja.

—¿Ellos, ha dicho? ¿Dieron sus nombres?

—Sí. Eran un terrestre y markabiano. El primero dijo llamarse Paul Pavlov. El otro respondía al nombre de Qretsi.

—Un hombre—pez. —Concordia se mordió los labios, con gesto de gran preocupación—. No acabo de comprender qué interés pueden tener los markabianos en un objeto que, prácticamente, no les sirve para nada.

—Bien, quizás el interés era de Pavlov —sugerí.

Concordia sacudió su cabeza.

—No. Pavlov, en todo caso, no era más que un intermediario; posiblemente, un acompañante. En todo caso, era Qretsi el que se preocupaba por la caja.

—Es posible que sea como usted dice, señorita Veintiuno —

¡demonios, qué apellido tan extraño!—, pero, en todo caso, todo cuanto pudiera hacer yo en su favor, ya está hecho.

Concordia dejó escapar un profundo suspiro.

—Ya lo sé, señor Bertone —contestó—, y no crea que no le estoy muy agradecida. Sin embargo, si a usted se le hubiese ocurrido negarles la caja...

—Convendría que meditase unos momentos sobre mi situación, señorita —respondí—. Usted sostiene que la caja es suya, pero ¿no cree que, por la misma razón, ellos pueden alegar y sostener lo mismo? Ante mis ojos, que son neutrales y carecen de suficientes elementos de juicio, tanto usted como ellos pueden ser los propietarios de ese cacharro. No había medio para mí, cuando me lo pidieron, de probar que ellos no eran los dueños, como también me sucede lo mismo con usted, señorita Veintiuno.

—Sí, me imagino que sus razones son irrebatibles, señor Bertone, aunque, hablando como se habla en la Tierra, y por muy involuntario que haya sido su gesto, me ha hecho usted la pascua.

—A lo que parece —observé—, esa caja debía de ser muy importante para usted.

Concordia no cayó en la trampa.

—Bastante —dijo—. Tuve que desprenderme de ella, a fin de no entregársela a la fuerza, cuando me perseguían anteayer, pero mis esfuerzos han resultado inútiles. Ahora los tendré que dedicar a la busca y captura de esos dos malvados, que vaya usted a saber dónde estarán ahora.

—Irá usted, señorita Veintiuno —contesté—. Yo estoy ahora de vacaciones.

—No, si lo decía por...

Se interrumpió y me miró con fijeza.

—¿Qué le sucede? —pregunté, alarmado.

Concordia se puso en pie y avanzó hacia mí, contemplándome con una luz extraña en sus hermosos ojos.

—Señor Bertone, tengo que encontrar a Pavlov y a Qretsi. ¿Cuánto pide usted por ser mi compañero, bien, quise decir, por acompañarme y ayudarme a encontrarlos?

—Mi querida señorita Veintiuno —contesté con toda la cortesía de que me sentí capaz—, en estos momentos, lo que menos deseo es correr detrás de un par de individuos, quienes, a juzgar por lo

poquísimo que pude ver, deben considerar la vida humana como una especie de papel mojado... cuando a ellos les conviene, claro. Es obvio, por tanto, que si yo echo a correr tras esa pareja, debo enfrentarme con la amenaza de un puñal, una pistola o una píldora de veneno, sin contar con una descarga de un arma radiante, neutrónica o atómica. No, muchas gracias por la oferta —terminé—; no puedo permitir que el público se quede sin ver más al Gran Bertone.

—Es que yo le pagaría... —ofreció ella.

—¿Cuánto? ¿Un millón? ¿Dos? Eso ya lo gano por actuación, señorita Veintiuno. ¿Qué me dirá, entonces, que ofrece cien millones? Querida niña, llega un momento en que, para una persona normal, el dinero carece de importancia a partir de una determinada cifra. ¿Cree que habría de ser yo más feliz con cien o doscientos millones más? ¿Comería mejores alimentos o tomaría mejores bebidas? Tengo suficiente con lo que ya poseo y no ambiciono más, ésta es la verdad.

Concordia lanzó un suspiro que dilató su bien formado busto. Alargó su mano y se la estreché; era fina, pequeña y delicada, pero fuerte.

—Sus razones son incontrovertibles, señor Bertone —sonrió—. No obstante, gracias por todo.

—Olvídelo. La lástima es que no haya venido usted treinta minutos antes. A propósito, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro —sonrió ella—. ¿De qué se trata?

—Su apellido. En mi vida he oído uno tan raro... a menos que sea usted una reina o gobernante y esa cifra signifique el número de las reinas de su mismo nombre que han existido antes que usted.

—No —contestó la muchacha—. Procedo de Betelgeuse, de Orión. Allí los apellidos son muy complicados y difíciles de pronunciar. Consisten en un grupo de letras, una cifra y otro grupo de letras. Por eso, para mayor facilidad, uso habitualmente la cifra que me corresponde; es decir, veintiuno. En cuanto al nombre, es terrestre y me lo impuso mi madrina cuando nací. Ella era de la Tierra y se llamaba igual que yo. ¿Satisfecho ya, señor Bertone?

—Cuestión aclarada, señorita Veintiuno. Gracias por todo.

Al quedarme solo, fui al cuarto de baño y me enfrenté con el espejo.

Los gerontólogos han conseguido muchas cosas con respecto al cuerpo y la apariencia humanos. Ahora mismo, parezco un hombre de treinta y dos años del siglo XX, pero hay algo que ni los mejores médicos han conseguido todavía arreglar, digámoslo en términos vulgares: la calvicie y las canas. En cuanto a la primera, no había cuidado; mi pelo seguía, y sigue, siendo fuerte y crespo, y me parece que se caerá el día en que yo me caiga también; y en cuanto a las segundas... bien, tenía los laterales cubiertos de una capa de lo que los líricos dicen plata, la cual contribuía a darme un aspecto de cierta agradable madurez, que hacía suspirar a todas las mujeres de quince a ochenta años y, como de costumbre, ¡viva la modestia!

Me miré en el espejo con atención. «Eres un idiota, Jack Smith —como estaba solo, podía permitirme el lujo de llamarme por mi propio nombre. Toda la vida soñando con la mujer deseada... y ahora que la encuentras, ahora que ella te ofrece la posibilidad de la más fascinante de las aventuras... vas y la rechazas. ¿Qué eres, hombre o ratón?»

«Ratón —contestó la parte de mi mente que me recomendaba prudencia.»

«Hombre —dijo la otra parte, la que me impulsaba a correr tras Concordia Veintiuno.»

«¡Ratón!»

«¡Hombre!»

Vacilé un momento. Fabulosos contratos esperaban tan sólo mi firma. Nuevas actuaciones me aguardaban para aumentar mi fama y mi cuenta bancaria. Y yo estaba allí, indeciso, oscilando entre continuar practicando mis trucos o echar a correr detrás de la estupenda muchacha.

No sé lo que hubiera hecho de haber tenido que decidir por mí mismo. Quizás hubiera ayudado a Concordia, acaso me habría quedado quieto. Pero, de repente, cuando todavía estaba sin saber si era hombre o ratón, escuché el zumbido del timbre de llamada.

Dejé escapar el aire contenido en mis pulmones. Salí del baño y me encaminé hacia la puerta, que abrí en el acto.

Divisé a dos individuos, cuyo aspecto no tenía nada de recomendable. Quise preguntarles qué era lo que deseaban, pero no me dieron tiempo. Uno de ellos estiró su brazo de repente.

Al final del brazo tenia un puño cargado de dinamita, a juzgar

por el estruendo que hizo su contacto contra mi mandíbula. Vi un enorme resplandor y luego se hizo todo negro.

CAPÍTULO IV

Cuando abrí los ojos, me encontré sentado en un sillón, mientras la pareja de sujetos se dedicaba a una búsqueda intensiva por mi casa.

—¡Eh! —protesté—. ¿Qué diablos están haciendo? ¡Me van a arruinar el piso!

Los dos sujetos se volvieron a un tiempo. Ninguno de los dos me miró con afecto.

—¿Dónde está? —gruñó uno de ellos.

—Dónde está, ¿qué? —pregunté, con tono de completa inocencia.

—No se haga de nuevas —rezongó el fulano—. Queremos saber qué ha hecho con la caja.

—Están locos. Más les valdría dejar todo en su lugar, si no quiere que llame a...

El otro individuo, que bizqueaba un poco, sacó de repente una pistola, anticuada, pero muy efectiva, y me apuntó con ella entre los dos ojos.

—Tiene exactamente diez segundos para decidirse —dijo, en tono truculento—. Si pasado ese tiempo no nos ha dicho dónde está lo que buscamos, apretaré el gatillo.

—Entonces —respondí, mientras trataba de dominar el temblorcillo de mis piernas— se quedarían igual sin saberlo... suponiendo que yo supiera de qué se trata.

—Sí, desde luego; pero usted quedaría a disposición de las malvas, señor Bertone. ¿Qué, nos lo dice o...?

El tipo no pudo concluir su frase. De pronto, un rayo de luz vivísima hendió la atmósfera y fue a chocar contra su pecho. El cuerpo del bizco se transformó de súbito en una ascua de fuego, cuyo resplandor se apagó a los pocos segundos para convertirse en un montón de cenizas, que se desmoronaron poco a poco sobre la

alfombra.

Sentí un profundo asombro al observar el hecho. Antes de que el otro forajido pudiera hacer algo para defenderse, un segundo dardo de luz cruzó la estancia y la abrasó en cinco segundos. Un hedor espantoso invadió el ambiente.

Me puse en pie, asombrado hasta lo infinito por lo que acababa de presenciar. Miré hacia la puerta y vi que entraban en aquel momento dos seres, cuya procedencia, a juzgar por su conformación anatómica, sólo podía ser una: venían de Hamal, Alfa de Aries.

No tenían un aspecto muy agradable, con sus brazos flexibles, al parecer sin huesos en el interior, los cuales se bifurcaban a la altura del codo humano terrestre, dando lugar a otros dos brazos, de unos cincuenta centímetros de longitud, terminados cada uno en algo que llamaremos mano y que no era otra cosa que un conjunto de pequeños tentáculos, del largo de un dedo, en número de diez. Su estatura era aproximadamente la mía y su cuerpo parecía un tubo verdoso, flexible, de unos cincuenta centímetros de diámetro, sostenido por dos piernas, idénticas en conformación a los brazos.

La cabeza era redonda, con una protuberancia piriforme en la parte superior. Estaba unida al tronco por dos cuellos de diez centímetros de diámetro por veinte de longitud, y disponían de dos ojos globulares, debajo de los cuales había dos ranuras idénticas, dotadas en su interior de sendas filas de dientes muy pequeños, semejantes a sierras y capaces de mellar fácilmente el acero más duro. En cuanto a su sistema auditivo externo, consistía en una especie de trompa orientable del tamaño de una mano. En su planeta, el decimoquinto de Alfa de Aries iban sin ropa, pero en la Tierra se cubrían el tronco con un saco de tejido que disponía de cinco aberturas y que les llegaba desde los cuellos hasta el nacimiento de las piernas. Ambos empuñaban en su mano número uno, es decir, la primera de la derecha y contando hacia la izquierda, una pistola radiante.

De no haber viajado yo tanto por la Galaxia, me habría desmayado en el acto al ver a los hamalianos, pero aún los había de peor apariencia. Cualesquiera que fuesen los motivos que los traían hasta allí, y yo me los suponía fácilmente, no podía sino estarles agradecidos por el favor que acababan de hacerme.

Uno de los hamalianos avanzó dos pasos hacia mí y me saludó.

Resultaba curioso verle mover las dos bocas para hablar, con cierta alternancia en la emisión de los sonidos. Aunque las utilizaba al mismo tiempo para comer, en cambio, para la fonación las empleaba sucesiva y alternativamente; con una de ellas pronunciaba las vocales y sílabas sencillas, de una vocal y una consolante, y con la otra pronunciaba el resto de las frases. El resultado, como puede comprenderse, era de pesadilla.

—Nos alegramos mucho de haber llegado tan a tiempo, señor Bertone —manifestó el hamaliano, mientras hablaba con la voz croadora, característica de todos los hombres de su raza—. Tengo el gusto de presentarle a mi compañero Snitf. Yo soy Drrit.

Bueno, la grafía más aproximada para aquellos nombres era la que acabo de escribir. En realidad, parecían el ruido de una sierra aplicada sobre una barra de metal, al mismo tiempo que un coro de ranas entonaba sus croantes melopeas.

—Encantado —dije—. Les ruego dispensen el desorden que se observa en el apartamento, pero las circunstancias...

—Lo comprendemos muy bien, señor Bertone —me atajó Drrit —. No se preocupe por ello. En verdad, estamos muy satisfechos de haberle librado de un grave apuro.

—Muchas gracias, señor Drrit. ¿Puedo ofrecerles una copa?

—No bebemos, señor Bertone. Aparte de ello, nos es imposible perder tiempo en convencionalismos sociales. Sólo deseamos de usted una cosa, lograda la cual, nos marcharemos acto seguido.

—Ya —dije con la mejor de mis sonrisas—. La caja de metal.

De haber tenido cejas, Drrit las hubiese enarcado.

—¿Cómo lo ha sabido usted? —preguntó.

—Mi querido señor Drrit —contesté con aire de suficiencia—, en las últimas horas, esta mansión se ha convertido en un centro de peregrinación de toda clase de personas que deseaban una caja, arrojada con bastante desdicha sobre mi jardín. Ya son ustedes el grupo número cuatro que visita hoy mi casa y me es forzoso decirles lo que a los dos que les han precedido: se la llevaron los primeros que vinieron. Puesto que no tenía ningún interés en conservar esa maldita caja, ni tampoco tenía razones para dudar de sus manifestaciones, dejé que se la llevaran. Eso es todo.

—Pero ¡no la verdad! —bramó Snitf, blandiendo su pistola rociante con gesto de amenaza—. ¡Nos está mintiendo...!

Hice así con la mano y un ramo de claveles apareció como por ensalmo en la boca del arma. Snitf abrió las dos bocas en un gesto de estupidez.

El ramo de flores desapareció casi en el acto. Entonces la pistola empezó a derretirse como si fuese de cera caliente y fue cayendo en grandes goterones al suelo, hasta que la mano decadáctila de Snitf quedó completamente vacía.

—Como pueden observar —dije, haciendo aparecer el arma en mi mano—, sus amenazas no me impresionan en absoluto. Les digo que no tengo la caja; se la llevaron un tal Paul Pavlov, terrestre, y un sujeto llamado Qretsi, de Markab. Como, vuelvo a repetir, fueron los primeros y no tenía el menor motivo para dudar de sus manifestaciones, les entregué la caja y, colorín colorado, este cuento se ha acabado.

La pistola de Drrit se convirtió de pronto en una cacatúa que echó a volar por la estancia con gran alboroto, mientras graznaba a voz en cuello:

—¡No me gustan los hamalianos, no me gustan los hamalianos!

—Eso es todo, caballeros de Hamal —dije—. Y ahora, ¿quieren salir de mi casa por propia voluntad o quieren que los eche a patadas?

Drrit blandió los puños de sus brazos derechos.

—¡Volveremos a vernos! —me amenazó, a la vez que se dirigía hacia la salida a grandes zancadas.

—¡Monstruos! —les insultó la cacatúa.

Al quedarme solo, recogí las pistolas caídas en el suelo. Por supuesto, lo que habían visto los hamalianos sólo fue producto de mi imaginación; hasta el Gran Bertone tiene sus limitaciones. Pero yo sabía que los hamalianos poseían una mente singularmente receptiva y por ello me había divertido un rato, haciéndoles ver cosas que sólo existían en mi imaginación. Para hacer lo mismo con un terrestre, habría necesitado hipnotizarlo previamente y, aunque no dudo que lo hubiese conseguido, me hubiera costado unos cuantos minutos y, aun así, no todos los terrestres hubieran sido aptos para caer bajo el influjo de mi mente.

Pedí un cigarrillo y una copa de jerez. Sentado en un diván, mientras el robot—criado ordenaba las cosas —el robot no había podido auxiliarme, dado que su peculiar construcción le vedaba

intervenir en las disputas entre humanos— me dediqué a pensar, durante unos minutos, en la extraordinaria serie de acontecimientos que se había producido con vertiginosa rapidez en mi casa y en el breve espacio de unas horas.

Nada menos que cuatro grupos —aunque uno de ellos estuviese constituido por una sola persona: Concordia Veintiuno— deseaban o habían deseado la misteriosa caja. Los primeros en llegar —Pavlov y Qretsi— habían llevado el gato al agua, esto es, la caja metálica. Naturalmente, los tres restantes habían fracasado, y de ellos, el tercer grupo, el de los forajidos, ya no contaba para lo sucesivo.

¿Qué contenía la caja tan interesante para, que por su posesión, se llegase a causar la muerte de una persona, como había acaecido delante de mis ojos? Por más que me esforzaba en ello, no conseguía encontrar ninguna razón viable que me satisficiera. En apariencia, Concordia parecía la dueña de la caja, pero, ya se sabe, las mujeres, cuando se trata de conseguir una cosa, son grandes actrices, y tanto podía haber desempeñado ella un magnífico papel, como ser en realidad la dueña de aquel maldito cajón que amenazaba con desvelarme para el resto de mis días.

Aquella noche me acosté sin haber logrado resolver todavía ninguno de los enigmas planteados. Pese a mis preocupaciones, me dormí profundamente.

Dicen que la almohada es el mejor consejero. En mi caso fue cierto. Cuando me senté en el lecho, una vez llegado el nuevo día, ya tenía la solución.

—¿Por qué no ayudar a Concordia? —me dije en voz alta.

CAPÍTULO V

L

o primero que debía hacer era localizarla. Esto no era fácil en una ciudad de dos millones y medio de habitantes. ¿Dónde podría estar?

Al finalizar el día, había recorrido ya un montón de hoteles, sin que en ninguno de ellos me hubiesen dado la menor noticia de

Concordia ni de su paradero. Al llegar la noche, hube de retirarme a mi casa, desconcertado y fracasado, sin haber conseguido nada positivo.

Como la noche anterior, la almohada me dio buenos consejos. Quizá Concordia se había marchado de la Tierra. En tal caso, ¿adónde? Podía haber regresado a Betelgeuse, o bien estaba en Markab o acaso los hamalianos la habían raptado. Este pensamiento se me hizo de pronto insoportable.

Pero había un método mediante el cual averiguar si Concordia se había marchado o no de la Tierra: el registro de entradas y salidas de la Puerta Galáctica. Sí, ésta era la solución.

Ya estaban muy lejos los tiempos en que para recorrer menos de cuatrocientos mil kilómetros de la Luna a la Tierra se empleaban casi cinco días, meses para llegar a Marte y años para alcanzar Plutón. Después, a medida que progresaba la navegación espacial, se alcanzaron las estrellas en viajes que duraban a veces décadas. El tiempo se redujo a medida que se perfeccionaron los medios de impulsión de las astronaves, pero estos medios de transporte tenían un inconveniente terrible: se viajaba a contratiempo, es decir, que cuando se alcanzaba un planeta en órbita alrededor de una estrella situada a equis años luz, los viajeros desembarcaban en una época muy anterior a la que hubieran alcanzado de regir el mismo tiempo en la Tierra que en aquel planeta. No sucedía como en los viajes aéreos sobre nuestro planeta, en los cuales basta mover las manecillas del reloj para corregir las diferencias de hora existentes entre los distintos meridianos. Hubo expedición que llegó en una época anterior a quinientos años a la que regía en el momento de partir de nuestro planeta.

Al regreso, se producía el caso diametralmente opuesto: es decir, los astronautas regresaban cien, doscientos y hasta quinientos años después, con lo que las cosas que les sucedían son fáciles imaginables. Estos inconvenientes fueron olvidándose, en parte, a medida que el tiempo de traslación entre la Tierra y las estrellas se reducía, pero, aun así, las diferencias temporales no fueron nunca inferiores a los treinta o cuarenta años. Y se daba el caso de que astronautas recién casados partían un día y regresaban justo a tiempo para la boda de su primer nieto.

Todo esto, que retrasaba muchísimo la expansión de la raza

terrestre —nadie, excepto los astronautas profesionales, viajaba a las estrellas, a menos que tuviese la intención de emigrar para siempre— desapareció el día en que alguien inventó las Puertas Galácticas.

Son problemas matemáticos, en los cuales me libraré yo muy bien de entremeterme. Uno desea ir a tal sitio, con tal de que ese lugar disponga de la correspondiente Puerta Galáctica, franquea el umbral y, cinco minutos más tarde, se encuentra ya en su destino, aunque el término de su viaje esté a millares de años luz. Las explicaciones más sencillas hablan de traslación casi instantánea de los átomos que componen el cuerpo humano o el objeto que se desee enviar, pero, como digo, quede ello para quienes lo entiendan científicamente. Hoy nos ocurre con las Puertas Galácticas lo mismo que sucedía seis siglos atrás, a poco de inventarse la televisión: el que hacía funcionar el aparato para presenciar un programa no se preocupaba de los elementos que lo componían ni de la forma en que funcionaba; veía el programa y listo.

Así, pues, hecha esta necesaria e imprescindible digresión, sin la cual no habría podido comprenderse el modo en que millones de personas y cientos de millones de toneladas de mercancías se trasladaban de un sistema planetario a otro, continuamente, sin interrupción, fluyendo en el espacio como ríos de invisible e incesante corriente, continuaré el relato.

Por su relativa importancia, Silver City había conseguido la adjudicación de una Puerta Galáctica, situada a unos cinco kilómetros fuera del casco urbano, hacia el sudoeste, sobre una elevada colina de gran amplitud de cima, desde la cual se dominaba un paisaje dilatado. Listo para emprender el viaje en el mismo instante, si era necesario, desembarqué de mi aeromóvil en el lugar de aparcamiento de vehículos de la Estación de la Puerta Galáctica.

La estación se componía, de dos grandes edificios, uno algo mayor que el otro y destinado a la recepción y embarque de mercancías. El tráfico en aquel sector era incesante.

El segundo edificio era el destinado a la salida y llegada de viajeros del espacio. Hacer mención de la enorme diversidad de tipos que vi, de todas las formas y aspectos imaginables, procedentes o a punto de partir para los distintos planetas de la Galaxia, resultaría algo interminable. El tránsito era continuo; así

que, abriéndome paso casi a codazos, conseguí alcanzar el mostrador de recepción.

Una joven recepcionista, de brillantes cabellos negros, ardiente expresión y busto de increíbles proporciones, vino enseguida a atenderme.

—¿Señor? —dijo con la mejor de sus sonrisas.

Hice así con la mano y saqué un broche de rubíes rosados de Épsilon de la Osa Mayor, que prendí en el acto sobre el lado izquierdo de su despampanante escote. La recepcionista enrojeció de satisfacción.

—¡Usted es el Gran Bertone! —exclamó.

—Así es, preciosa —dije. El broche era auténtico, no producto de mi imaginación, y estimé que causaría más efecto que si le ofrecía un puñado de billetes—. Necesito pedirle un favor.

—Lo que usted quiera, señor Bertone —contestó muy melosa—. Me llamo Elianne.

Me incliné sobre el mostrador, derramando seducción.

—Para los amigos íntimos, me llamo Jack —murmuré en tono insinuante—. Elianne, eres una chica encantadora. ¿No te ata tu esposo en casa?

—Me quedé viuda hace seis meses —contestó ella.

Pero su sonrisa indicaba que no lo lamentaba demasiado y que estaba dispuesta a sustituir al difunto enseguida, con tal que el próximo vivo mereciese un poco la pena.

—Quizá vuelva yo un día a consolar tu luto —dije—. Pero, ahora, necesito que me digas una cosa, hermosa Elianne.

—¿De qué se trata, Jack?

—¿Te importaría dejarme ver el libro registro de partidas?

La sonrisa se borró de los labios de Elianne durante unos momentos.

—Está prohibido, Jack —contestó.

—Elianne, por favor, tú y yo vamos a ser buenos amigos. Claro que está prohibido, aunque sólo para el común de las gentes, no para un hombre de mi importancia. ¿Verdad que vas a enseñármelo?

Mi sonrisa acabó por derretirla.

—Está bien, aguarde un momento.

Se marchó, con gran movimiento de sus protuberantes caderas, y

volvió a poco con un extraño aparato, que colocó delante de mis ojos, sobre el mostrador. Por su aspecto exterior parecía una máquina de escribir, con más teclas que las habituales, sobre las cuales se veía una pantalla visora del tamaño de un libro corriente. Elianne conectó el aparato a una toma de corriente y luego pulsó el interruptor de funcionamiento.

—Ya lo tiene usted listo.

—Gracias, preciosa.

Marqué la fecha de dos días antes y luego presioné un interruptor. La pantalla se iluminó y una larga lista de nombres y destinos empezó a desfilar delante de mis ojos. El interruptor que había manejado correspondía a las salidas; pero el aparato disponía también del correspondiente a las llegadas. Sin embargo y como es lógico, mi interés en aquel momento estaba centrado en las partidas.

La relación terminó, sin que hubiese aparecido el menor rastro de Concordia. Fruncí el ceño; quizá había partido el día anterior, es decir la víspera. Marqué la fecha y la siguiente relación empezó a desfilar delante de mis ojos.

De pronto, capté el nombre de Pavlov. El de Qretsi le seguía a continuación.

Es posible que alguien se pregunte por qué aquellos sujetos no habían cambiado de nombre. No podían.

El nombre es algo consubstancial. Queda registrado lo mismo que la constitución atomomolecular de cada persona, un medio de identificación superior al de las huellas dactilares. El nombre y dicha composición van grabados en la tarjeta personal de identidad, sin la cual es imposible franquear una Puerta Galáctica. Intentarlo con una tarjeta falsa, produce la destrucción inmediata del individuo, ya que el paso por la Puerta se hace en ciertas condiciones, las cuales vienen determinadas por la peculiar constitución de cada uno, a la que se ajustan las máquinas que proyectan los cuerpos al espacio.

Pavlov y Qretsi habían viajado a Skandelar. El nombre me resultaba desconocido en absoluto.

Seguí leyendo la lista. Tiempo tendría de adquirir más detalles sobre dicho planeta.

Poco después vi el nombre de Concordia, seguido de una serie

de letras, la cifra 21 y otra serie de letras aún más larga que la anterior. También viajaba a Skandelar.

Satisfecha mi curiosidad, iba a cerrar ya la máquina registradora, cuando, de pronto, recordé a Drrit y a Snitf. Dejé que los nombres continuasen desfilando ante mis ojos y, al captar los de ambos hamalianos, no me extrañó en absoluto que hubiesen sacado también sendos pasajes para el mismo sitio.

Corté la corriente y traté de sonreír.

—Preciosa Elianne, muchas gracias —dije—. Tu ayuda ha resultado inapreciable.

La opulenta morena hizo altear sus espesas pestañas.

—Termino mi trabajo a las dos de la tarde —me comunicó.

—Lo tendré en cuenta para otro día. Ahora tengo algo que hacer con gran urgencia.

Elianne puso cara de desencanto, pero sonrió cuando me saqué del interior de la manga una espléndida rosa roja, que coloqué en el lado izquierdo de su frondosa cabellera.

—Así estás más guapa —dije.

Acaricié su barbilla con los dedos y luego me fui en busca de una informadora automática.

Deposité una moneda de 10 «garants» en la ranura correspondiente y formulé mi petición. Una pantalla se iluminó al instante.

Skandelar era el vigésimo séptimo planeta del sistema de Gamma de Andrómeda. Diámetro: catorce mil kilómetros. Atmósfera: 1,09, tomando como 1 la de Tierra. Gravedad: 0,97 de Tierra. Superficie cubierta por las aguas: 0,32 de la total. Población: sesenta y dos millones de habitantes, descendientes de terrestres en su inmensa mayoría. Escasa fauna y flora indígenas, cosa que se comprendía con facilidad, al ver la escasez de agua de su superficie. Indígenas con inteligencia, cero. Índice de civilización, tomando como base la de la Tierra y con respecto al censo del año inicial del siglo XXVI, 0,17. Esto indicaba que los skandelarianos estaban muy atrasados con respecto a nosotros.

¿A qué habían viajado Pavlov, Qretsi, Concordia, Drrit y Snitf a un planeta tan mísero?

Esta pregunta tenía una respuesta y el hombre que podía dármela despachaba billetes.

—Uno para Skandelar —pedí en el mostrador.

El hombre me contempló con suspicacia.

—Parece que ese planeta se está poniendo de moda ahora. Desde hace unos días a esta parte, no había despachado tantos billetes para Skandelar.

—La vida —comenté en trono filosófico.

—Sí, claro —contestó el tipo—. Su tarjeta, por favor.

Se la entregué. El expendedor de billetes se sentó ante algo que parecía una máquina de escribir, una computadora y una trituradora de desperdicios a un tiempo y aporreó el teclado como si la máquina fuese su enemigo jurado. Al cabo de un minuto, el artefacto escupió una tarjeta impresa, perforada y grabada qué sé yo de cuántas maneras.

Me devolvió las dos tarjetas, la de identificación personal y la otra, que era el billete para el viaje.

—Son setenta y dos mil cuatrocientos veintisiete «garants» con treinta y dos centésimas —recitó de carrerilla.

Como ya me había informado antes del importe, lo tenía todo listo, de modo que hice un par de pases con la mano y el cheque revoloteó por los aires, ante la asombrada mirada del empleado. Dejándole la mar de preocupado por la súbita laxitud de sus maseteros, esto es, con una boca de a palmo, me encaminé hacia la Puerta Galáctica.

En realidad, eran dos, ambas con los clásicos cartelitos: entrada y salida. Me situé en la cola de la de salida y la cinta me arrastró suavemente hacia el gran portón por donde iban desapareciendo los viajeros del espacio.

La puerta era alta, de cinco o seis metros y con una anchura de tres. Sólo podía pasar una persona cada treinta segundos, por lo que la cola se movía con notoria lentitud. Sin embargo, como todo tiene su fin en este mundo, llegó mi hora al cabo casi de noventa minutos de exasperante espera.

La cinta me hizo pasar por un angosto callejón flanqueado por dos barandillas de metal, al término del cual había un sujeto, situado junto a una especie de aparato parecido al del expendedor de billetes. El controlador me pidió la tarjeta, de la que arrancó la mitad, que después introdujo en la máquina. Manipuló unos instantes en el teclado y luego pulsó un interruptor verde.

—Ya puede pasar.

Caminé seis pasos y crucé el umbral de la Puerta Galáctica. Inmediatamente me sentí en un espacio grisáceo, donde no se veía nada en absoluto, como no fuera una discreta penumbra sin detalles de ningún género. Incluso parecía que no hubiese suelo.

El espacio que había en torno a mí empezó a vibrar de forma muy suave, apenas perceptible. Estuve así durante unos cinco minutos, al cabo de cuyo tiempo la penumbra se trocó en una deslumbrante claridad.

Había llegado a Skandelar.

CAPÍTULO VI

L

a Puerta Galáctica de Skandelar era como todas las del género. En cambio, el paisaje que se divisaba después de salir de la estación parecía muy distinto.

Por supuesto, Skandelar Uno, que así se llamaba la ciudad donde estaba situada la Puerta Galáctica, era una ciudad corriente, como muchas, más bien pobre, situada a dos kilómetros de la estación. Había bastantes árboles, una extensa franja de vegetación y, a lo lejos, se divisaba la brillante superficie de un lago, de unos sesenta kilómetros de largo por la mitad de ancho, con cuyas aguas se regaban los campos y se servían los skandelarianos para sus necesidades vitales. El resto, es decir, hacia el lado opuesto, consistía en el más horrendo desierto que mente humana alguna pueda imaginar: piedras negruzcas y calcinadas, extensiones de arena grisácea y colinas romas y desgastadas por incontables siglos de erosión.

No se comprendía cómo había quien deseara vivir en aquel planeta. Con una superficie algo mayor que la de la Tierra, su población era infinitamente menor. Sin embargo, no hay nada por completo malo en este mundo y la principal ventaja de Skandelar estribaba en su asombrosa fertilidad, allí donde el agua tocaba la tierra. Había regiones de cuatro cosechas anuales; lo malo estribaba en que el agua no abundaba todo lo que hubiera sido de desear y

buena parte de sus escasos mares, lagos y fuentes poseían un porcentaje de sales superior incluso al del Mar Muerto terrestre.

A pesar de todo, los habitantes de Skandelar eran tenaces y luchaban duramente por mejorar las condiciones de vida de su planeta, habiendo conseguido en algunos casos resultados bastante apreciables. Pensé que aquel planeta de tanta fertilidad, si pudiera disponer de agua en cantidades, podría convertirse, un día, en un gigantesco exportador de vegetales, pero, por el momento, los skandelarianos apenas si producían lo justo para sus necesidades y el intercambio mínimo de productos manufacturados que no se elaboraban en el planeta.

En Información me enteré de cuál era el mejor hotel de Skandelar I. Un taxi me condujo hasta el «Albergue de las 7 Estrellas». Firmé mi inscripción y luego hice que me condujeran a mi habitación.

Una vez allí, empecé a reflexionar sobre la mejor forma de encontrar a Concordia. Era evidente que no podía andar muy lejos de Pavlov y de Qretsi, como tampoco los hamalianos andarían muy lejos de ella. Unos y otros se perseguían mutuamente por la posesión de aquella caja y que me ahorquen si en aquellos momentos comprendía el desmesurado interés que todos demostraban por su posesión. Aunque ya me figuraba que sería grande, cuando delante de mis propias narices se habían cometido dos muertes.

Después de descansar y meditar un momento, llamé a recepción.

—Necesito saber si se aloja en este hotel una dama llamada Concordia Veintiuno —pedí.

—Un momento, señor Bertone —contestó el recepcionista en tono obsequioso. Mi fama había llegado hasta Skandelar I también. Al cabo de unos momentos, contestó—: No, señor; aquí no se aloja ninguna dama con ese nombre.

Apreté los labios. Mi primera intentona había fallado. ¿Habría ido Concordia a uno de los varios Skandelar que existían en aquel planeta?

—En tal caso, haga el favor de decirme si se aloja un sujeto llamado Pavlov, terrestre, quien va acompañado de un markabiano, de nombre Qretsi.

Esta vez, la respuesta fue afirmativa, aunque sólo a medias.

—Se alojaron, en efecto, pero esta mañana se despidieron después de abonar su cuenta.

—¿No tiene alguna idea de adónde han podido ir?

—Pues... —el recepcionista vaciló—. Aguarde un momento, señor Bertone. Recuerdo que me preguntaron dónde podrían alquilar un vehículo todo terreno, para emprender una expedición de varios días. Les indiqué el garaje de un tal Sam Catskin. Está en la calle Nueve, cuarenta y uno.

Medité unos instantes. Luego le pregunté por la pareja de hamalianos.

—También me pidieron lo mismo, señor.

«Bueno, pensé, eso era algo.» Pero ¿cómo era posible que Concordia no hubiese aparecido, cuando ya sabía noticias de los otros?

—¿Está seguro de que la señorita Veintiuno no se ha alojado en el Albergue? —insistí.

—Quizá usa otro nombre —sugirió el recepcionista—. ¿Puede describírmela?

Me eché a reír.

—Si alguna vez ha soñado usted con una chica hermosa, ésa es Concordia Veintiuno, amigo —dije, sin dejar de sonreír.

El empleado celebró mi gracia. Después dijo:

—Entonces, tal vez sea la señora que igualmente quería alquilar un «todo terreno». Pero iba acompañada de su marido, el señor Lyvillon.

Me quedé de piedra. ¡Concordia casada! ¡Eso no podía ser!

—¿Está seguro? —pregunté, sintiendo en mi interior la amargura de una gran decepción.

—Hombre, el marido estaba al lado. No puedo equivocarme, si es que se trata de ella. Rubia, formas estatuarias, ojos claros...

—Sí, la misma; gracias —contesté, desconectando al mismo tiempo el fonovisor.

Encendí un cigarrillo y medité unos momentos. Al terminar el pitillo, me puse en pie y me dirigí a la calle Nueve.

Sam Catskin me miró, muy extrañado, cuando le pedí que me facilitase un coche todo terreno.

—La gente se ha vuelto loca —masculló—. ¿Adónde quiere ir?

—A donde han ido los que me han precedido. ¿Lo sabe usted?

—Claro —contestó, dejándome muy sorprendido—. Tengo que saberlo. En primer lugar, por mis coches y, en segundo, por imperativos de la ley. Aquí es muy fácil perderse o sufrir un accidente y entonces, si no se sabe exactamente el punto dónde se encuentra el sujeto, éste puede morir deshidratado, no en cuestión de días, sino de horas.

—Pero pueden engañarle —objeté.

Sam sonrió con malicia.

—Cada aparato está dotado de un transmisor que emite una señal automática cada ciento veinte minutos. Estas señales quedan registradas en una cinta perforada, cada una de las cuales corresponde a un vehículo. Si yo o uno de mis empleados vemos que falta una perforación, damos la alarma enseguida a las patrullas de rescate. Puede tratarse de una avería, cosa que no es frecuente que suceda, aunque tampoco imposible; pero también puede suceder que se trate de un acto malicioso. Entonces, el pecador padece bastante, se lo aseguro.

—Muy bien. Entonces, ¿quiere prepararme un vehículo?

—¿Con equipo o sin equipo?

—No le entiendo, Sam.

—Todos los que le han precedido iban equipados para sobrevivir cuatro o cinco semanas por lo menos. Si va detrás de ellos, tendrá que imitarles, señor Bertone.

—Conforme. ¿Cuándo estará listo?

—En un par de horas, señor Bertone.

—Estupendo, Sam. Volveré por aquí pasado ese tiempo. Y ahora, dígame, ¿adónde han ido?

—Al Valle de la Risa —contestó Sam Catskin muy serio.

—¿El valle de la risa? ¿Qué sitio es ése? —exclamé, atónito.

—Bueno, es cosa de un humorista, calculo yo. Le dieron el nombre porque encontraron a un sujeto a quien el calor y la sed habían vuelto loco y reía sin descanso. Ése sí puede decirse que murió de risa… de modo que imagínese usted cómo será el vallecito.

Me estremecí. Posiblemente, el Valle de la Risa debía haber ganado el campeonato de lugares infames de Skandelar. Pero, me pregunté ¿qué diablos habían ido a hacer allí unos y otros?

Dejé pasar el tiempo, encaramado en un alto taburete de un bar

próximo, sintiendo en mi interior una especie de amargura al saber que Concordia tenía ya dueño. Claro, ¿cómo iba a esperar que se mantuviera soltera con aquella cara y aquel tipazo? Seguro que a de ser un muchacho de su edad o algunos años más, no un coriáceo solterón como el Gran Bertone.

Tan amargado me sentía que, si no freno a tiempo, acabo pescando la gran borrachera.

Al término del tiempo fijado, volví al garaje. Sam ya me tenía preparado el vehículo.

Era un artefacto enorme con ruedas de casi dos metros de diámetro y unos neumáticos, tipo balón, inmensos. La cabina, cerrada por completo y climatizada, era muy amplia, con espacio suficiente para que dos personas pudieran vivir y habitar en ella con toda comodidad, incluso disponía de literas plegables. Un aditamento posterior contenía víveres y agua en cantidad suficiente para más de cinco semanas, conservados con esmero en una gran cámara frigorífica. El aparato, además del transmisor de control, disponía de otro para el intercambio de comunicaciones, dotado de pantalla visora, conectable a la televisión local, si uno quería distraerse por las noches. El conjunto recibía energía motriz de una micropila atómica que le aseguraba el funcionamiento durante año y medio.

—Todo listo, señor Bertone —dijo Sam, entregándome un mapa doblado—. Aquí tiene indicado el emplazamiento exacto del Valle de la Risa. —Con macabro humorismo, añadió—: Que se divierta usted.

—Así lo espero —contesté—. ¿Cuánto, Sam?

Catskin citó una cifra. Le extendí un cheque y dije:

—Puede enviarlo por la Puerta Galáctica al Primer Banco de Silver City, Tierra de Sol. En veinticuatro horas tendrá usted el dinero en billetes crujientes y agradables de acariciar.

—Por eso es por lo que uno trabaja, señor Bertone —rió Sam.

Trepé a la cabina, situada a dos metros y medio de altura sobre el terreno. Cerré la puerta y gradué el termostato del climatizador para veinte grados. Hecho esto, presioné el botón de arranque, hice girar un poco el timón y partí en dirección al Valle de la Risa.

CAPÍTULO VII

Apenas hacía cuatro horas estaba aún en la Tierra. Ahora, casi de repente, me encontraba en un planeta alejado del mío a cientos de billones de kilómetros. ¿Cuántos? ¿Qué importaba? No tenía interés en averiguar la distancia exacta en un caso semejante. Billón más, billón menos, resultaba indiferente; la verdadera importancia de mi viaje estribaba en hallar a Concordia.

De repente me pregunté si me había enamorado de ella. ¡Pues claro que sí! ¿Estaría allí, si no fuera cierto? Yo había viajado hasta Skandelar por Concordia, no por una caja que maldito lo que me importaba qué tenía en su interior. Y, además, me sentí muy aprensivo, dado que había visto la forma de actuar, rápida y exterminadora, de los hamalianos. Si consideraban que Concordia podía ser un estorbo para ellos, la eliminarían con la misma facilidad que habían liquidado a la pareja de pandilleros que habían ido a visitarme.

Luego, mis rosados pensamientos se tornaron negros, cuando recordé, de pronto, que Concordia estaba casada con un tal Lyvillon. ¿Por qué no me lo había dicho cuando fue a visitarme? ¿A qué se debía que me hubiese ocultado tal circunstancia?

Era inútil especular con lo que no podía saberse, si no hablaba con la interesada. En vista de ello, concentré toda mi atención en la tarea de conducir el «todo terreno» por el desierto.

El suelo era muy irregular. Había trozos en que podía lanzar el vehículo a cincuenta o sesenta kilómetros a la hora. En otros debía dar largos rodeos para evitar ingentes amontonamientos de rocas, que constituían obstáculos insalvables aun para las enormes ruedas balón del artefacto. Otras veces franqueaba un mar de arena grisácea, como si contuviese un cincuenta por ciento de polvo de carbón, y pasaba horas enteras subiendo y bajando dunas. Y había ocasiones en que debía realizar verdaderos alardes de ingenio; entonces no me servían para nada mis reconocidas dosis de fantasista, a fin de salvar una grieta o un obstáculo especialmente difícil.

Así viajé durante dos días.

Al mediar el tercero, avisté, en lontananza, una escarpada

cordillera de rocas negras, quizá basaltos volcánicos en su mayoría. En aquellos instantes, el vehículo rodaba por lo que antaño debía de haber sido el fondo de un lago muy salado, pero el suelo era muy llano, aunque de color grisáceo. Marqué la cifra cincuenta en el indicador de velocidades, conecté el piloto automático y dejé que el vehículo siguiera su camino a dicha moderada velocidad.

Mientras me despreocupaba de la conducción del vehículo, saqué el mapa. La cadena que tenia frente a mí recibía el nombre de Cordillera de Bwirty, en honor al primer explorador que había llegado hasta allí. El Valle de la Risa estaba al otro lado.

Según el mapa, para llegar al Valle debía atravesar el Paso Stockton, un tremendo desfiladero de unos cuarenta kilómetros de longitud por cien metros de anchura media en el fondo y mil en la parte más alta, a unos tres kilómetros de distancia del suelo. El Paso no era recto, sino que serpenteaba entre las montañas, no sólo en sentido horizontal, sino también en el vertical, lo que significaba que también tenía diferencias de nivel en ambos sentidos.

La atmósfera era clara y diáfana. Después de cuatro horas de rodar por el fondo del lago seco, salí a un terreno que había sido sólido en épocas prehistóricas. El suelo aparecía cubierto por lo que parecía ser una diminuta capa de gravilla, que alcanzaba hasta la base de las montañas, aún más lejos de lo que perecían. Cuando la estrella que daba luz y calor a Skandelar empezó a perderse en el horizonte, pensé que era hora de hacer alto. La distancia al desfiladero era aún de tres o cuatro kilómetros y decidí atravesarlo a plena luz del día, a fin de evitar accidentes irreparables.

Detuve el «todo terreno», me preparé un poco de cena. Y, después de tomar unos sorbos de agua fresca, extendí una de las literas y me eché a dormir. Un minuto después, dormía como un tronco.

Como es natural, una vez pasado el primero y más profundo sueño, tropecé con Concordia por los campos de la imaginación. Pero tuve que dejarla, cuando ya casi estaba a punto de conseguir su amor, porque apareció el marido, un salvaje de la Edad de Piedra, armado con un garrote más grande que el mástil de un barco, y tuve que echar a correr con toda la rapidez que supe imprimir a mis piernas. Pero el sujeto corría aún más que yo y, cuando me alcanzó, usó el garrote a conciencia.

La sensación fue tan real, que me desperté muy sobresaltado. Llegué a sentarme en el lecho, perdido el sueño por completo, tal había sido el susto recibido.

Para entretener la espera, prendí fuego a un cigarrillo. Estuve fumando un rato, hasta que vi que mis nervios se aplacaban. Entonces me dispuse a reanudar el sueño.

En aquel momento, me pareció divisar a lo lejos una chispa rojiza. La luz brilló apenas unos cuantos segundos, pero era tan breve, que ni siquiera pude asegurar que no se trataba de un producto de mi imaginación. Ya no volví a verla más.

Reanudé la marcha, apenas hubo salido el sol, después del desayuno. A partir de aquel punto, el terreno se hacía más irregular y su inclinación se acentuó. En cuatro kilómetros tenía que ascender cerca de mil metros, para llegar a la entrada del Paso Stockton. De la base del mismo a la cima de las montañas más altas había una diferencia de tres mil metros.

El paisaje era impresionante. Las montañas eran casi negras y, en muchos lugares, estaban constituidas casi exclusivamente por basaltos, que formaban agrupaciones de columnas, algunas de las cuales alcanzaban centenares de metros de altura. Era un mundo torturado, atormentado, surgido de una época de cataclísmicas convulsiones, cuando la corteza externa aún no se había conformado sólidamente en su totalidad.

Los cuatro kilómetros que me faltaban para llegar a la entrada del Paso me costaron casi dos horas. Por fin, lo alcancé.

Casi sin darme cuenta, corté la energía y el vehículo se detuvo. Permanecí unos momentos inmóvil, con el ánimo en suspenso, contemplando aquella impresionante hendidura que parecía tallada en el seno de las montañas por el hacha de un gigante. Gustavo Doré habría encontrado en aquel panorama una fuente inagotable de inspiración para las ilustraciones del infierno de la «Divina Comedia».

El aspecto tétrico del Paso quedaba aumentado por el hecho de que, tanto a derecha como izquierda, crecían unos árboles muertos, secos, desnudos de hojas, que levantaban al cielo los silenciosos muñones de sus ramas, como si rogasen con desesperación por el inapreciable favor de volver a sentir otra vez en su interior la vivificante circulación de la savia. Al pie de uno de ellos, situado a

diez o doce pasos del automóvil, divisé varias ramas rotas y un pequeño montón de ceniza.

El descubrimiento me dejó anonadado durante unos instantes. Luego, la luz que había visto por la noche no había sido producto exclusivo de mi imaginación. Alguien había encendido un fuego allí la pasada noche. ¿Quién? ¿Por qué?

La segunda pregunta era fácil de contestar: la temperatura descendía de manera horrible en las zonas desérticas durante el período nocturno y se corría el riesgo de quedar congelado si no se disponía del abrigo oportuno. Ahora bien, ¿quiénes de los que me habían precedido había sufrido una avería en su automóvil, de tanta importancia como para hacérselo abandonar y encender una hoguera para no morir de frío?

Después de unos momentos de vacilación, decidí investigar. Abrí la portezuela y me dispuse a saltar al suelo.

Creí que me iba a ahogar, tal fue la vaharada de calor que me asaltó de inmediato. Una densa capa de sudor apareció en el acto en toda mi epidermis, aunque se disipó unos segundos después. El violento contraste con los veinte grados de la cabina del vehículo y los cincuenta o más que reinaban en el exterior tenía toda la fuerza de un puñetazo asestado en el plexo solar, aunque menos efectivo que el recibido días antes.

Bajé del coche, respirando con afán. El suelo, en aquel lugar, aparecía cubierto de una finísima capa de arena, en la que se grababan las huellas con toda nitidez.

Vi las improntas de dos personas con figura humano—terrestre, unas de las cuales eran de un tamaño bastante inferior a las de su acompañante. Esto me dijo que aquellos rastros correspondían a Concordia. Las otras debían de ser de su esposo, Henry Lyvillon.

Pero también había otra clase de huellas: las que habían dejado unos pies decadactilares. Era indudable que Drrit y Snitf habían estado también allí.

No obstante, había cierta diferencia entre las huellas de unos y otros. Mientras las de los hamalianos desaparecían junto a las señales de las ruedas de un vehículo, las de Concordia y su esposo se adentraban en el desfiladero.

Reflexioné unos minutos, mientras el sol caía a plomo sobre mi espalda. Resultaba evidente que los Lyvillon habían sido alcanzados

y sorprendidos por la pareja de hamalianos, quienes les habían despojado de su auto, abandonándolos después a su suerte. Drrit y Snitf, astutamente, no habían destruido el vehículo, pues sabían que, en tal caso, aparecería a poco una patrulla de rescate que podría ponerlos en un apuro. Simplemente, se lo habían llevado... y esto, tan simple en apariencia, bastaba para condenar a muerte a dos personas.

Ahora bien, ¿por qué se habían internado en el desfiladero?

Buscando la sombra, no me cabía la menor duda. En el lugar en donde yo estaba resultaba imposible permanecer más de unos cuantos minutos. Por otra parte, si ellos habían encendido fuego durante la noche, era evidente que no podían hallarse muy lejos, ya que caminaban a pie.

El problema, sin embargo, estribaba en saber cuándo habían sido alcanzados por los hamalianos y cuánto tiempo llevaban sin probar una gota de agua. Era preciso tener en cuenta que todos me llevaban un día de delantera y que, bajo el tórrido sol de Skandelar, una persona podía morir deshidratada en menos de veinticuatro horas, según su complexión.

Estos pensamientos me espolearon. Corrí al coche, monté y cerré la cabina; unos segundos después, arrancaba a la máxima velocidad permitida por el terreno.

No tuve que recorrer demasiado espacio para encontrar a Concordia y a su esposo. Apenas veinte minutos más tarde, dos personas, que más parecían espectros, salieron de entre una grieta rocosa al centro del desfiladero, agitando los brazos con desesperación, para obligarme a detener el coche.

Elevé una silenciosa plegaria de gratitud. Concordia estaba salvada.

CAPÍTULO VIII

L

yvillon era un guapo mozo de treinta años, alto, de hombros anchísimos, ojos azules y cabello rubio, el sueño de toda mujer que haya cumplido los quince años. No me extrañó, pues, que Concordia

se hubiese convertido en su esposa, aunque sí se me hizo raro que no me hubiera manifestado tal circunstancia cuando vino a visitarme, en Silver City.

Bebieron agua con ansia de auténticos náufragos. La ingestión del líquido, primero, y un poco de alimento, después, les devolvió casi por entero las fuerzas perdidas.

Al terminar, Concordia me miró con ojos de pasmo.

—Señor Bertone, cuando vi el coche, pensé que la sed me hacía ya delirar.

—Ha sido la cosa más agradable que he visto en los días de mi vida, después de Concordia, naturalmente —manifestó Henry Lyvillon—. Han de pasar muchos años antes de que pueda olvidar esta deuda de gratitud.

—Empiece a olvidarla ya —respondí—. Lo que quiero es que me cuenten qué les ha sucedido, aunque ya me imagino que fueron asaltados por dos hamalianos. Al menos, eso es lo que deduje de las huellas que vi en torno a la hoguera que encendieron anoche.

—Es cierto —admitió Concordia—. Nos dieron alcance hacia el medio día, a unos diez kilómetros del Paso. Se colocaron a nuestro nivel y nos amenazaron de pronto con sus pistolas radiantes. No tuvimos otro remedio que detenernos y apearnos del vehículo. Entonces, uno de ellos subió al oruga y luego nos abandonaron en pleno desierto. Nos vimos obligados a refugiarnos a la sombra de una roca, hasta que cedió un poco la temperatura. Entonces caminamos hasta el Paso y, una vez allí, encendimos fuego para no morirnos de frío.

—Pero —objeté— si los hamalianos les alcanzaron a diez kilómetros del Paso, ¿cómo es que había huellas suyas en torno a la hoguera?

Concordia sonrió con amargura.

—Aparecieron de pronto pasada la media noche, apagaron la hoguera y nos despojaron de las cerillas que nos quedaban.

—Vaya —exclamé—, esos tipos no descuidan detalle. ¿Por qué no les mataron de una descarga y así habrían terminado con ustedes de una vez?

—No hay un hamaliano que tenga buenos sentimientos, señor Bertone —respondió la joven—. Si pueden matar a un enemigo torturándolo, no lo harán de un golpe. Lo que sucede es que no

podían entretenerse a atormentarnos y juzgaron que el calor y la sed acabarían con nosotros. Y ahora... ¿puedo preguntarle por qué está aquí?

Las últimas palabras de Concordia me cogieron por sorpresa. Ella sonrió.

—Jamás esperé verle en Skandelar, señor Bertone —confesó—. Aunque, después de haber sido salvada por usted, me alegro de ello, por supuesto. ¿Es que también se interesa por la caja?

¿Cómo iba a decirle que ella había sido mi único interés hasta que me enteré de que era casada y que, aun así, había viajado hasta el Valle de la Risa sólo para brindarle mi desinteresada colaboración?

—Bueno —reconocí—, es que, la verdad, después de las aventuras que pasé por culpa de aquella dichosa maleta de metal, creo que también tengo derecho a conocer para qué demonios sirve. ¿Sabe que, después de irse usted, recibí dos visitas más, también interesadas en la caja?

Le relaté lo ocurrido hasta la marcha de Drrit y Snitf. Concordia se quedó pasmada.

—¡Cielos! La que se va a armar. Y nosotros que creíamos que era el secreto mejor guardado de Betelgeuse.

—¿Le importaría mucho decirme para qué sirve esa cajita? —pregunté, con falsa dulzura—. Francamente, ya estoy cansado de correr detrás de un pedazo de metal que...

El rostro de Concordia se puso serio de repente. Luego dijo sin cambiar de expresión:

—Señor Bertone, si el secreto de esa caja se hace público, mejor dicho, si se averigua la manera de fabricarlas en serie y venderlas como se venden latas de carne, el mundo se hundirá.

Sentí que la mandíbula se me aflojaba.

—¿Una bomba? —articulé, al cabo de casi un minuto de estuporoso silencio.

—En teoría, sí, aunque no en la práctica. Sin embargo, sus resultados podrían compararse a los de un artefacto infernal... si se hace un uso indiscriminado del mismo, desde luego.

—No la entiendo, señora Lyvillon —dije, aturdido.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó ella.

—Señora Lyvillon —repetí.

—Ah, sí —contestó la joven en tono corriente— ¿Qué es lo que no entiende usted acerca de la caja de metal?

—Todo.

Una deliciosa sonrisa se dibujó en los atractivos labios de Concordia.

—La bomba no lo será en sentido literal cuando estalle, sino en otro muy distinto, pero que igual puede hundir el mundo. Sencillamente, se trata de un repetidor.

—¿Un qué...?

—Un repetidor de materia. Puede reproducirle a usted cualquier objeto, por raro que sea, en cuestión de segundos, minutos u horas, según el volumen, tamaño, peso y circunstancias particulares de ese objeto. Por ejemplo, si ahora la tuviese conmigo y deseara, pongamos por caso, un poco de comida o un libro para leer, lo tendría a mi disposición en menos de cinco minutos.

Me pasé la mano por la frente.

—No quisiera ofender a su esposa, señor Lyvillon —dije, mirando a Henry—, pero uno de los dos, ella o yo, está loco. En lo que a mí concierne, no he sufrido los efectos de un sol tórrido...

—Concordia tiene razón —contestó Henry.

Y parecía un chico muy ponderado, lo que me hizo dudar de mí mismo.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé de pronto—. ¿Cómo puede un cacharro semejante reproducir cualquier cosa que se le pida? ¿Es que basta decir, por ejemplo: «¡Quiero un whisky con hielo y soda!», para tenerlo de inmediato?

—Algo por el estilo, señor Bertone —contestó ella sin perder su sonrisa ni un solo instante.

—Acabaré por volverme loco. Mire usted, Concordia, perdón, señora Lyvillon...

—Concordia está bien, Bertone —aprobó ella—. Y a mi esposo puede llamarle también por el nombre. ¿Cuál es el suyo de pila?

—Jack —rezongué—. Bueno, a lo que íbamos. Usted ya conoce mi profesión, ¿no es así?

—Ya lo creo. ¿Quién no ha oído hablar del Gran Bertone? —contestó la joven con un poco de ironía en la voz.

—Bueno, pues lo que yo le iba a decir es: Soy un prestidigitador y hago cosas que no ha hecho ninguno de mis competidores y aun

estoy por decir mis predecesores. Pero cuando empiezo a sacar de mi sombrero de copa conejos, palomas, serpientes, cintas de colores y banderitas, es que todos esos objetos estaban ya puestos de antemano en el sombrero o en las mangas de mi frac. ¿Va a decirme ahora que si yo le pido a su aparatito que me construya un palacio de fábula, lo hará porque lo tiene dentro?

—Por supuesto que no, es decir, el palacio no está dentro del repetidor; pero lo tendría en un tiempo mínimo.

Contemplé a la joven durante unos segundos.

—La lámpara de Aladino sólo existió en la imaginación de Scheherazade —dije.

—Esto es algo muchísimo mejor —contestó ella con cierta vehemencia—. No se trata de un cuento de las Mil y Una Noches, Jack, sino de algo real, auténtico y positivamente real.

—A otro perro con ese hueso —rezongué—. Le ayudaré a recobrar esa caja, porque, sinceramente, opino que es suya, pero no espere que crea en una fábula semejante. Vaya —exclamé en tono de chanza—, ¿qué no conseguiría yo con un aparatito semejante en mis actuaciones ante el público?

—Sería algo sensacional, por supuesto —admitió Concordia—, pero no está construido para que un prestímano se luzca con él.

—Muy bien, a su gusto. Sigo creyendo que la caja tiene otro interés, científico casi seguro, pero no es lo que usted afirma. Sin embargo, le ayudaré en lo que pueda.

—Se lo agradezco lo mismo —respondió Concordia—. Y espero que, una vez haya recobrado la caja, pueda comprobar con sus propios ojos que no le he exagerado en absoluto.

—Ojalá sea así —dije sin convicción—. ¿Qué, están listos para reemprender el camino?

—Cuando quiera —aprobó ella.

¿Qué papel pintaba su esposo allí, si no hacía otra cosa que permanecer callado o asentir a sus palabras? Pero podía imaginármelo de sobra; era un buen mozo y esto bastaba para Concordia. Con el corazón desgarrado, di el contacto y presioné el botón de arranque.

Nos adentramos por el desfiladero, rodando a veces a paso de carreta, dado el peculiar pavimento del suelo. Los veinte primeros kilómetros fueron recorridos en cuatro largas horas.

De repente, al doblar un pronunciado recodo, cuyos altísimos farallones basálticos nos ocultaban por completo la vista de lo que había al otro lado, divisamos un obstáculo que nos cerraba el paso por completo.

El obstáculo consistía en un ingente montón de rocas que se alzaba a más de cincuenta metros por encima de nuestras cabezas, llegando de lado a lado del desfiladero. Daba la sensación de que se hubiese producido un derrumbe de los muros y la caída de las rocas y la tierra había cegado por completo el fondo del Paso.

Antes de que pudiéramos recobrarnos de la enorme sorpresa recibida, sonaron dos tremendas detonaciones, con el intervalo de una fracción de segundo entre ambas.

Concordia lanzó un agudo grito de espanto.

—¡Los muros se derrumban, Jack!

CAPÍTULO IX

El derrumbamiento duró algunos minutos. En aquel espacio de tiempo, llegamos a creer que Skandelar se partía en mil pedazos. Fue un auténtico cataclismo que removió el suelo con la violencia de un terremoto de grado 10. Pareció como si el automóvil se hallase sobre la superficie de un mar embravecido, de tal modo se agitó durante aquellos interminables momentos, en cada uno de los cuales creíamos morir mil veces.

Al fin cesó la caída de rocas y el fragor se atenuó poco a poco. Con lentitud, la enorme polvareda levantada por el derrumbamiento se fue aclarando, y al cabo de cinco minutos de haber caído el último pedrusco, la atmósfera había recobrado su claridad habitual.

Pero estábamos bloqueados. No podíamos avanzar ni retroceder.

Delante de nosotros había una formidable barrera de rocas que nos cortaba el paso. Detrás, otra barrera, quizá todavía mayor, nos cerraba la retirada, a cien pasos o menos de distancia.

El coche permanecía allí, emitiendo señales sin descanso, lo que impediría la llegada de socorros. Ahora bien, disponíamos del

transmisor y podíamos llamar a Sam Catskin para que nos sacara de aquel atolladero. Sin embargo, yo sabía y estaba seguro de que también los hamalianos, que Concordia no querría pedir auxilio, precisamente por la misma caja.

Entonces, antes de que pudiera seguir adelante con mis amargas reflexiones, la joven volvió a gritar, rompiendo el penoso silencio en que habíamos caído después del estruendo causado por el derrumbamiento.

—¡Jack, mire allá arriba!

Seguí con la vista la dirección que indicaba su brazo. A unos ciento cincuenta metros de distancia, divisé dos figuras que saltaban ágilmente de roca en roca. Sus piernas dobles y los pies decadactilares les permitían una agilidad superior a la de una cabra montesa. En pocos segundos, sin darnos tiempo a reaccionar, se perdieron de nuestra vista.

—Esos tipos son muy astutos —comentó Lyvillon—. Calcularon la eventualidad de que fuéramos socorridos y nos prepararon esta encerrona.

—Yo opino todo lo contrario —manifesté.

Concordia me miró, muy sorprendida.

—¿Cómo? ¿Sostiene que los hamalianos no son listos? Sólo a ellos se les habría ocurrido hacer esto. ¿Qué más quiere para probar su agudeza?

—Nada, excepto que su ansia de torturar a las gentes es superior a su inteligencia. Un terrestre, puesto a eliminar a su enemigo, lo habría hecho rápida y, sobre todo, certeramente, en especial teniendo que moverse con prisa, como parece sucederles a los hamalianos. Pero esto —terminé un tanto amargado—, no son más que discusiones bizantinas. Lo importante es saber qué hemos de hacer ahora.

—Seguir —contestó ella sin titubear y con ojos brillantes.

Me volví hacia Henry.

—Usted es su esposo. ¿Qué decide?

Lyvillon sonrió con malicia.

—Cuando Concordia dice una cosa, todo el mundo contesta: «Sí».

—O «Béeee...» —dije en tono despectivo. La miré a ella—. Supongo que, por todo el oro del mundo, no querrá pedir auxilio a

Sam Catskin.

—Supone usted muy bien, Jack —contestó ella con frialdad—. Sólo lo haría en último extremo.

—Muy bien —hablé—. Puesto que, al parecer, hemos de seguir adelante, consideremos la situación. Faltan veinte kilómetros todavía para llegar al término del Paso Stockton. El Valle de la Risa, según los mapas, tiene una anchura media de cuarenta y tantos kilómetros por casi el doble de longitud. Son más de tres mil kilómetros cuadrados los que hemos de explorar. ¿Piensa usted que, sin medios adecuados, caminando a pie bajo un sol de infierno, podemos encontrar a Pavlov y al markabiano, por no hablar de Drrit y su compinche?

—En el coche hay agua, víveres y un par de prismáticos electrónicos. El fondo del Valle es casi llano, con escasos accidentes, como el fondo de un cuenco de escasa curvatura. El desnivel del punto de cota mínima del Valle, con respecto a la salida del Paso, es de quinientos metros. Por lo tanto, podemos encontrar a Pavlov y a los demás. —El tono de voz de Concordia era decidido y firme.

—Olvida usted un detalle —manifesté.

Ella preguntó:

—¿Cuál?

—Armas. —Levanté las manos—. Con esto me gano la vida y algunas veces he pegado un par de puñetazos, pero no son nada para combatir con tipos que disponen de pistolas radiantes y explosivos para volar medio Skandelar.

Concordia no se inmutó.

—Quizá, por las prisas, Sam no le enseñó bien el equipo del coche. En el departamento posterior debe de haber al menos un par de rifles corrientes. No olvide que, aunque escasas, también hay fieras en Skandelar y, fuera de los centros urbanos, resulta arriesgado salir sin armas.

—En ese caso, no hay más que objetar —acepté—. Podemos partir apenas lo hayamos dispuesto todo.

Acto seguido, dimos comienzo a los preparativos de marcha. El coche era una pequeña unidad de supervivencia y disponía de muchas cosas útiles para poder subsistir en caso de apuro mientras llegasen los socorros.

Media hora más tarde, teníamos ya aprestadas tres mochilas con

víveres y agua, sobre todo, aparte de una manta para cada uno de nosotros. Yo llevé, además, el mapa, a fin de evitar extravíos perjudiciales una vez hubiéramos salido fuera del Paso. En cuanto hubimos concluido, emprendimos la marcha.

Yo creo que lo más costoso de todo fue atravesar la barrera de escombros rocosos. Una vez estuvimos al otro lado, el suelo, al menos para unos pies humanos, permitía una marcha regular.

El único inconveniente era el sol, que abrasaba. La mayor parte de las veces no nos tocaba directamente; los paredones del desfiladero arrojaban sombra sobre el fondo, pero, en cambio, aquello era un horno. Sudábamos copiosamente y el sudor se evaporaba casi al instante. A los pocos momentos de marcha, nuestras ropas habían perdido ya su flexibilidad y crujían como papel viejo y reseco.

A las dos horas, hicimos alto, tomando asiento al pie de una elevada roca que nos proporcionaba bastante sombra. Descansamos durante otra hora más, al cabo de cuyo tiempo reanudamos el camino.

Cuando llegamos al término del Paso, la noche caía ya y resultaba imposible divisar los menores detalles del Valle, envuelto en las sombras de un rápido crepúsculo.

Había muchos árboles muertos. Henry Lyvillon quiso arrancar unas cuantas ramas para encender una hoguera, pero yo se lo impedí.

—Sería mejor envolvernos en las mantas y pasar un poco de frío. De este modo, evitaríamos ser vistos. No olvidemos que la atmósfera posee una gran transparencia y que la simple llamita de un fósforo puede ser divisada a kilómetros de distancia.

—Nos vamos a helar —se quejó Concordia. Pero reconoció lo acertado de mi observación.

La noche pasó de una manera poco agradable, debido a la bajísima temperatura reinante. Necesité levantarme un par de veces para hacer algún ejercicio y entrar en calor; una sola manta resultaba protección insuficiente. Pero tampoco podíamos viajar más cargados y era forzoso contentarnos con lo que teníamos.

Amaneció. Cuando vi que la luz de la aurora disipaba las sombras, me puse en pie. Lentamente, la oscuridad se fue alejando empujada hacia el oeste por los rayos luminosos de Gamma, y el

Valle fue saliendo de las sombras, mostrándosenos en toda su descarnada aridez.

Jamás he visto paisaje tan desolado como el del Valle de la Risa. A mi entender, éste es el nombre que mejor le cuadra; el de Valle de la Muerte sería insuficiente. Rodeado de oscuras montañas por todas partes, ninguna de las cuales tenía el clásico y agradable color azulado de las terrestres, era la estampa tangible de la desolación y el horror silenciosos.

Concordia se me acercó de pronto.

—¿Ve usted algo, Jack? Desde aquí se domina casi todo el Valle —dijo.

—No he usado aún los prismáticos, pero voy a hacerlo enseguida.

Busqué en la bolsa que contenía el instrumento óptico, pero, antes de que pudiera sacarlo de la funda, Henry Lyvillon extendió el brazo.

—¡Miren! ¡Un vehículo rueda por allí!

CAPÍTULO X

S

aqué los gemelos y di media vuelta al interruptor de la pila que proporcionaba la energía para su funcionamiento, idéntico en esencia al de los microscópicos electrónicos, aunque, como es natural, mucho menos potente. El que usa unos prismáticos electrónicos no tiene necesidad de hacer aumentar la imagen de las cosas uno o dos millones de veces, sino que con cuarenta o cincuenta aumentos para los usos ordinarios tiene más que suficiente. Situé la aguja indicadora en la cifra sesenta —podía llegar hasta los doscientos aumentos—, gradué los oculares para mi capacidad visual retiniana y miré en la dirección señalada por Lyvillon.

El instrumento me acercó al coche hasta verlo como si estuviera a unos cien metros de distancia. La encristalada cabina me permitió ver en su interior a los dos hamalianos. Drrit parecía ser el conductor y dirigía el auto hacia el lado opuesto del valle, pero en

sentido oblicuo, es decir, a unos sesenta y cinco kilómetros del lugar en que nos hallábamos y hacia el noroeste.

Me pregunté qué podía haber en aquel lugar. Levanté los gemelos despacio y enfoqué la base de las montañas, muy abruptas en aquel punto. De pronto me puse rígido.

—¡Cielos! —exclamé—. ¡No es posible!

—¿Qué es lo que no es posible? —preguntó la muchacha—. Déjeme los prismáticos, Jack.

Le entregué el aparato. Concordia estuvo mirando un rato y luego soltó una exclamación de furor.

—¡Esos miserables... se han aprovechado del invento!

—Pues ¿qué esperaba que hicieran? No se lo iban a robar tan sólo para divertirse jugando a guardias y ladrones, ¿verdad?

—Pero ¿es que no se da cuenta de lo que han hecho? Jack, ¡se han construido una casa de recreo! ¡Aquí, en pleno Valle de la Risa! —pateó el suelo, presa del furor.

Moví las manos, como tratando de recomendarle calma.

—Procedamos con método, Concordia. ¿Es que va a sostener que esos tipos se han construido una residencia, aquí, en el Valle?

—Claro que sí, Jack —afirmó ella con vehemencia—. Usted mismo dijo antes que le parecía imposible.

—Por supuesto, pero refiriéndome a su existencia en el Valle, no a su construcción aladinesca. ¡Eso es absurdo, imposible!

—Y, sin embargo, allí está. ¿Es que no la ha visto usted mismo?

Lyvillon intervino entonces:

—Si mi esposa y usted quieren dejar la discusión, podríamos desayunar y luego ponernos a discutir, pero sobre otro tema: nuestra futura actuación. Sabemos ya dónde están unos y otros; ahora, lo que debemos hacer es pensar cómo debemos obrar. Pero esto no puede hacerse con el estómago vacío, así que, construida la casa por unos albañiles o por esa lámpara particular de Aladino, vamos a comer algo.

—Se acepta la propuesta por unanimidad —contesté.

Concordia me miró con rencor.

—Ni Santo Tomás se mostró tan incrédulo —rezongó.

—¿Y quién me asegura a mí que la casa no estaba hecha ya antes de nuestra llegada?

—Está bien —cortó ella—. Henry tiene razón; es preciso

alimentarnos.

Tomamos unas lonchas de jamón cocido, fruta en conserva y un poco de agua. Al terminar, dijo:

—No podemos soñar en atravesar el Valle de día; no hay el menor lugar donde cobijarse a la sombra, lo que significa que, antes de haber caminado una decena de kilómetros, empezaríamos a dar señales de agotamiento. Por lo tanto, tendremos que intentar el cruce de noche.

—Pero son sesenta y cinco kilómetros hasta la casa —objetó Concordia—. Es imposible que los hagamos durante las nueve horas y media de oscuridad de que disponemos.

—En efecto —admití—. No podemos cubrir una etapa y tendernos luego a descansar, durante el día, para recorrer el resto a la noche siguiente. Pero, en cambio, sí podemos salir al oscurecer, atravesar el Valle en perpendicular hasta las montañas del frente y aguardar allí la llegada de la siguiente noche. Como es natural, esto supone un recorrido mucho mayor, puesto que de aquí al lado opuesto del Valle hay más de cuarenta kilómetros, que habremos de cubrir sin discusión en una sola jornada. Pero haciéndolo así podremos encentrar un lugar con sombra donde aguardar la llegada de la noche siguiente y reanudar el camino, ahora en dirección paralela a la base de las montañas. Serán, más o menos, otros cuarenta kilómetros, pero es la única posibilidad que nos queda... a menos que retrocedamos para avisar a Sam Catskin.

—¡Eso no! —exclamó Concordia con gran vehemencia—. Haremos lo que usted ha dicho, Jack.

—Y no olvidemos tampoco —dije—, la posibilidad de que cuando lleguemos allí, Pavlov y el markabiano se hayan esfumado o los hayan asesinado nuestros competidores.

La joven se dejó llevar un momento por el desánimo. Miró a Henry como pidiéndole consejo.

—Querida —manifestó su esposo—, actuar como sugiere el señor Bertone es la única posibilidad que tenemos de conseguir algo práctico. A menos, naturalmente, que desees dar media vuelta.

Concordia sacudió la cabeza.

—Iremos hasta el final, hasta donde sea —decidió por último.

—Pues no se hable más —resumí—. Vamos a buscar un lugar sombreado y a aguardar que llegue la noche.

* * *

Mis cálculos resultaron un poco errados. Los últimos tres kilómetros fueron cubiertos bajo un sol de fuego que parecía que iba a derretirnos los huesos. Al final, a eso de las nueve de la mañana, alcanzamos una especie de hendidura entre dos rocas de gran elevación, en cuyo interior se disfrutaba de una fresca sombra. El suelo lo constituía una fina arena gris y nos dejamos caer en él exhaustos por completo.

Concordia parecía ser la que peor se hallaba de los tres. Respiraba con fatiga y tenía los ojos cerrados. Estaba muy pálida, por lo que durante unos momentos llegué a pensar que le iba a dar un síncope. Para evitarlo, refresqué su rostro con unas gotas de agua y luego mojé sus labios con el líquido. Al cabo de unos momentos pudo mirarme y sonrió, apoyada en mi brazo.

—Gracias, Jack.

—En el escenario —dije—, he llegado a sacar de un pañuelo hasta un barril de agua, pero ya tenía preparado el truco. Aquí no podemos hacer tal cosa; por el contrario, debemos estirar hasta el límite nuestras reservas de líquido.

—Claro —contestó ella, con una sonrisa.

Quité el brazo de sus hombros. Henry dormía ya a unos metros más allá.

—Procure descansar —recomendé—. Estamos todos molidos.

—De acuerdo.

Busqué un rincón sombreado, me coloqué la gorrilla sobre los ojos y, momentos después, dormía profundamente.

Desperté cuando Gamma había pasado ya el meridiano. El calor era horrible, aun en el fondo de la grieta, pero, al pensar en la espantosa temperatura del exterior, uno se sentía fresco incluso.

Concordia seguía durmiendo, lo mismo que Lyvillon. Miré a los dos con gesto pensativo. Eran jóvenes y hermosos, cada uno en su clase. La pareja ideal, ésa que se anuncia siempre en todas las fotografías publicitarias. Y yo, miserable de mí, para una vez que me había enamorado de una mujer, resultaba que ya tenía dueño.

Me puse en pie, tratando de olvidarlo todo. Tomé un par de sorbos de agua, recogí los prismáticos y el rifle y decidí salir a explorar un poco el terreno. Las horas de descanso me permitirían soportar los efectos del sol durante una hora o más.

Salí de la grieta y busqué un sitio elevado desde el cual poder ver el punto donde se habían escondido Pavlov y su acuático compinche. Debido al trazado ligeramente curvo de la base de las montañas, podía contemplar desde allí el lugar donde estaba la casa, aunque de ella sólo me era dado ver un fragmento muy pequeño de su tejado. Si éste hubiera sido de gris pizarra, no habría podido localizarlo, pero, como era de teja roja, de un tono muy vivo, pude divisarlo al cabo de varias intentonas.

Entonces me quedé de una pieza. Separé los ojos de los prismáticos, miré los vidrios de los oculares durante un instante y luego volví a examinar la casa. ¡Ahora había árboles! Con sus verdes copas y un frondoso ramaje parecían un oasis de esplendente belleza en aquel torturado panorama. Empecé a dudar de mi razón.

¿Era posible que el aparato que buscábamos con tanto ahínco fuese capaz de reproducir cualquier cosa?

El día anterior estaba seguro de ello, no había el menor rastro de vegetación, al menos viva, en torno al edificio. Ahora, sí, y lo que aún era peor —o mejor, según se mire— un frondoso jardín alrededor de la casa. ¿Qué clase de diabólico instrumento era aquél?

La voz de Concordia, al sonar de pronto a dos pasos de distancia, me sobresaltó hasta el punto de que estuve a dos dedos de caerme de espaldas.

—¿Algo nuevo, Jack?

Me volví a mirarla. No sé cómo diablos se las arreglan las mujeres, pero Concordia aparecía limpia y pulida como si acabase de salir de una sesión de baño y tocador. Tenía la cara fresca y sonrosada, y el cabello peinado y recogido en un grueso nudo de trenzas, sobre la parte alta de la cabeza. Era una estampa deliciosa, pero que no podría seguir contemplando durante mucho tiempo.

—Ahora se han construido un jardín en torno a la casa —contesté en tono sarcástico—. No me extrañaría que tuviesen también una piscina.

—Es lo que habría hecho cualquier persona sensata en su caso —respondió Concordia—. ¿Me permite?

Alargó la mano hacia los prismáticos y se los entregué.

Ella miró durante unos momentos. Luego sacudió la cabeza.

—Desde luego, saben lo que se hacen.

—Pero no comprendo por qué vinieron aquí —exclamé.

—Es probable —respondió Concordia— que estimaron que era el lugar más adecuado para sus propósitos. Poco, por no decir nada frecuentado… y en las condiciones ideales para realizar toda suerte de experimentos con el repetidor. Hasta ahora, convengamos en ello, no les ha ido del todo mal.

Apreté los labios. La cosa empezaba ya a hacerse intolerable. Iba a contestar con una frase gruesa, posiblemente una grosería, cuando, de repente, vi que el rostro de la joven se demudaba, a la vez que sus ojos se dilataban por el terror.

—Jack —musitó ella en voz baja—, mire lo que hay delante de nosotros.

Obedecí en el acto. Un segundo después, sentí que la espalda se me cubría de un helado sudor, pese a lo insoportable de la temperatura. Hay pocas fieras en Skandelar, pero más valdría que estuviese lleno de leones y tigres de Bengala terrestres; estaría uno más seguro que con las pocas fieras que existen en aquel planeta.

CAPÍTULO XI

En principio, parecía un enorme cocodrilo, cuyo tamaño, sin embargo, era dos veces y media mayor que el de los más grandes saurios terrestres. La parte superior y la cola eran casi idénticas a la del animal citado, aunque la cabeza, sostenida por un cuello de más de dos metros de largo, resultaba mucho mayor y con las mandíbulas más cortas en proporción. Ello no obstaba para que poseyese en cada una de ellas dos hileras de dientes afilados, como sierra de acero, y de una longitud mínima de cinco centímetros. Los mayores, situados en la parte delantera de su horrenda bocaza, pasaban de los quince centímetros.

Los ojos, no obstante, eran normales, es decir, todo lo normales que pueden ser los ojos de un monstruo semejante, el cual poseía cuatro pares de patas, pero no situadas a intervalos regulares, sino en una extraña disposición, como si cada par tuviese un arranque común, es decir, como si a un cocodrilo terrestre le hubiera nacido

al lado de cada pata otra idéntica. El cuerpo aparecía cubierto por una flexible coraza escamosa, que semejaba hecha de pizarra, cada una de cuyas escamas tenía unos diez centímetros de ancho por dos o tres de grueso. Al observar este detalle, dudé mucho de que las balas de mi rifle consiguieran traspasar aquel pétreo blindaje.

Nos hallábamos en lo alto de un enorme pedrusco, situado a diez o doce metros del suelo. La bestia se hallaba a treinta o cuarenta, mirándonos con ojillos llenos de codicia y, aunque el terreno era muy accidentado, sabía moverse por él con suma agilidad, como lo demostró, reduciendo la distancia a la mitad, en cuatro saltos bien dados, pese a su enorme mole.

—Dispárele, Jack, por el amor de Dios —pidió Concordia en voz baja.

Contesté intentando calmarla:

—De acuerdo, pero no se mueva.

Me coloqué en posición, quité el seguro del arma y apoyé la culata en el hombre, apuntando con cuidado a los ojos. Apreté el gatillo… ¡y el rifle permaneció silencioso!

Moví rápidamente el cerrojo de carga, para llevar otro proyectil a la recámara. Quizá el primero tenía el fulminante defectuoso. Pero no vi saltar ningún cartucho por los aires, como debiera haber sucedido al realizar el movimiento de expulsión.

Abrí la recámara y me quedé helado.

¡Estaba vacía!

Durante unos segundos, permanecí atónito, incapaz de creer en lo que veían —mejor dicho, no veían— mis ojos. ¿Cómo era posible que el rifle estuviese descargado?

Esto no era lo peor, sino que los cartuchos de repuesto se hallaban en el equipo y no llevaba en mis bolsillos otra cosa que una navaja de varios usos, apta para excursiones campestres, abrir latas, destapar botellas de refresco, sacar corchos, etc. pero en modo alguno apta para combatir con una fiera semejante.

—¡Jack, tire, tire! —rogó Concordia con voz implorante.

—El rifle está vacío —murmuré.

—¡Oh! —dijo ella, palideciendo.

El rifle estaba descargado y la fiera, a veinte metros de nosotros, dispuesta a saltar y destrozarnos con su espantosa bocaza. El pensamiento de que el cuerpo de Concordia podía ser desgarrado

por aquellos dientes, me llenó de horror.

El animal permanecía quieto, mirándonos fijamente, como si calculase sus posibilidades de atacar sin errar el primer asalto. Sus ojos relucían con extrañas alternativas de fosforescencia, mientras nos contemplaban con horrible fijeza. Esto, de repente, me hizo concebir una idea.

¿Por qué no probarlo? ¿No me había dado resultado en el caso de los hamalianos? Si la mente de un ser con inteligencia resultaba sumamente receptiva, ¿por qué no había de ocurrir lo mismo con la de una bestia irracional?

Concentré mis esfuerzos, devolviendo las miradas que me dirigía el reptil acorazado. De pronto, otro enorme cocodrilo apareció a pocos pasos del primero.

Éste se volvió de pronto, sorprendido. El segundo reptil se lanzó al ataque, lanzando unos rugidos espantosos.

Las dos fieras se enzarzaron en una descomunal pelea, buscando cada una el cuello de su oponente, punto débil, al parecer. El primer cocodrilo se debatió con furia, hasta que las mandíbulas de su contrario se clavaron en su cuello. El segundo reptil desgarró la garganta y, al cabo de unos momentos, el primero murió.

Sacudí la cabeza. Uno de los cocodrilos desapareció de súbito. Sólo quedaba una fiera, tendida en el suelo, inmóvil por completo. Como es lógico suponer, no había el menor rastro de sangre en torno a ella.

—¡Dios mío! —exclamó Concordia—. ¿Qué le ha pasado a ese reptil, Jack? Daba la sensación de... Me pareció como si estuviese luchando con otra fiera, pero yo no veo nada.

—Él así lo creyó —contesté.

Concordia me miró con gesto lleno de estupor.

—No le entiendo, Jack.

—Según sea el cerebro del individuo, puedo influir en él y hacerle ver imágenes inexistentes. Me acordé de repente que cuando Drrit y Snitf vinieron a visitarme, les hice ver cosas raras. Esto sucedió porque poseen mentes muy receptivas; con un terrestre, no hubiese tenido tanto éxito, por supuesto. Y entonces se me ocurrió que podía probar con el cocodrilo. Él hizo la mitad de la tarea al mirarme con tanta fijeza.

—¿Quiere decir que... usted... lo hipnotizó...?

—Eso hice, Concordia —repuse con amplia sonrisa—. Le hice ver que era atacado por un congénere suyo...

—¿Y está muerto?

—Sí, porque le obligué a creer que los dientes de su enemigo le desgarraban el cuello.

Concordia se pasó las manos por la cara.

—¿Es usted un brujo, Jack? Confieso que yo no he visto nada, excepto que el monstruo se agitaba de una manera espantosa. ¿Por qué no vi al otro cocodrilo?

—Por la sencilla razón de que su mente permanecía ajena a mi influencia.

—Entiendo —murmuró ella—. Pero —añadió en tono acusador —, ha sido usted muy descuidado al salir con el rifle descargado.

Apreté los labios.

—El rifle estaba cargado cuando abandonamos el auto.

Nos miramos en silencio durante unos momentos.

—Jack —pronunció Concordia despacio—, no irá usted a acusar a Henry de...

—Yo no acuso —la corté con frialdad—; me limito a señalar los hechos. Que cada cual saque sus propias conclusiones. Vamos — terminé con seco acento.

Descendimos del pedrusco y nos encaminamos al lugar donde estaba el campamento. Cuando penetramos en la grieta, vimos que Henry Lyvillon había desaparecido con todos los equipos.

Durante unos momentos, permanecimos silenciosos, abrumados por el desastre. Sin armas, sin víveres ni agua, ¿cuál iba a ser nuestro destino en un paraje tan desolado?

Era fácil imaginárselo.

CAPÍTULO XII

M

e volví hacia Concordia y la contemplé con fijeza durante unos segundos.

—Ahora ya sabe quién descargó mi rifle —manifesté—. Quizá no suponía que nos encontrásemos tan pronto con una fiera, pero

no quiso descartar tal posibilidad. En todo caso, un rifle descargado es siempre menos peligroso que uno cargado. Y no digamos nada cuando el que lo tiene se encuentra sin comida ni agua.

Concordia parecía a punto de echarse a llorar.

—Nunca creí que mi esposo fuese capaz de hacerme una cosa semejante —gimoteó.

—No diga tonterías —la recriminé con aspereza—. Henry Lyvillon no ha sido jamás su marido.

Ella me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo ha sabido usted? —exclamó, admirada.

—En todo el tiempo que hemos estado juntos, no se han hecho ni una sola caricia, ni él la ha ayudado apenas, ni siquiera la ha consolado en estos momentos de tribulación. Además, usted profirió dos frases altamente reveladoras cuando estábamos en el desfiladero: «los muros se derrumban, Jack», y «Mire, Jack, allá arriba». ¿Por qué no pronunció el nombre de Henry, su supuesto esposo, en lugar del mío?

Creí que se iba a turbar, que se sonrojaría y que bajaría los ojos avergonzada, pidiéndome excusas con voz apenas inteligible. Nada de eso. Se puso las manos en las caderas, alzó la barbilla, sacó el pecho y me miró irritada.

—De modo que lo sabía ya y no me lo ha dicho, ¿eh? ¿Qué clase de hombre es usted, Jack, vamos a ver?

—Sí, vamos a verlo —contesté.

Pasé las manos por el hueco de sus brazos, atrapé su flexible cintura, la atraje hacia mí y, antes de que pudiera reaccionar, la besé hasta que se quedó sin aliento.

Al terminar, Concordia seguía aún con los ojos cerrados.

—Jack —susurró—, repítelo.

—Con mucho gusto, querida.

Era una orden muy agradable de cumplir. Esta vez, Concordia enlazó mi cuello con sus brazos y devolvió el beso con fogoso apasionamiento.

—Bueno —dijo al cabo, con el rostro encendido y la respiración muy alterada—, debo de estar loca... pero no me cabe la menor duda de que es la locura más agradable que puede acometer a toda mujer, aunque nunca creí que me sucediera en tales circunstancias.

La miré con fijeza, todavía con los brazos en torno a su talle.

—¿No te arrepentirás algún día, querida? —pregunté.

—¿Por qué había de arrepentirme? —contestó ella—. Te quiero y eso es suficiente, Jack.

—Tengo cuarenta y cuatro años...

—Y yo veintiocho, ¿qué te crees? Empiezo a ser ya una solterona y estaba pensando en los últimos tiempos si no me quedaría para vestir santos.

—A partir de ahora —dije—, tendrás otra ocupación mucho más agradable: esposa del Gran Bertone.

Ella sonrió de forma deliciosa. De pronto, su cara se cubrió de nubes.

—Jack —dijo tan sólo. Pero era suficiente para que comprendiese lo que estaba pensando.

—Sí —contesté, apretando los labios—. Creo que nos encontramos en una situación nada agradable—. Sin armas y, lo que es aún peor, sin agua ni comida y con el lugar habitado más cercano a cuarenta kilómetros. Claro que aún tenemos otra solución, querida.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—Atravesar el Valle en sentido inverso, volver por el Paso Stockton y alcanzar el coche. Allí hay reservas de agua y comida.

—No —contestó ella—. Nos costaría dos noches y luego tendríamos que volver a empezar de nuevo. Son dos etapas, una de cuarenta y tantos kilómetros, para cruzar el Valle, y otra de veinte, para alcanzar el «todo terreno». Si luego desandamos lo andado, caminaríamos durante dos noches más y, al llegar aquí, aún nos quedaría una tercera para alcanzar la casa de Pavlov. Esto suma cinco noches, más los días correspondientes. Demasiado retraso.

—Los riesgos que corremos son muy grandes —observé.

—¿Acaso lo serán menores porque volvamos en busca de agua y comida? No hay armas en el coche y nos encontraríamos en la misma situación, sólo que habiendo perdido cinco días. Mi opinión es que debemos partir en cuanto oscurezca, para alcanzar, al amanecer, la casa de Pavlov.

—Por lo visto, tu empeño en guardar el secreto de la caja es muy grande cuando te hace afrontar semejantes riesgos.

—Sí —respondió ella—. No se puede hacer público ese descubrimiento, al menos mientras no se encuentre la manera de,

digámoslo en términos vulgares, dominarlo para que no corramos peligro de hundirnos todos.

—No acabo de entenderlo, querida —dije.

—¿Es que no eres capaz de imaginarte lo que sucedería si todo el mundo poseyera una caja semejante?

Callé durante unos momentos. Concordia tenía razón, en efecto.

—Pero, entonces, ¿por qué te la robaron esos tipos?

—Me lo supongo, pero hasta que no lo haya comprobado, no podré decirte si mis suposiciones son ciertas o no. Mientras tanto —levantó la vista hasta el cielo, que ya se tornaba rojo hacia occidente—, ¿por qué no emprendemos la marcha, Jack?

—De acuerdo. —Se cogió a mi brazo y empezamos a andar. A los pocos momentos le pregunté qué papel desempeñaba Lyvillon en aquel embrollo y respondió—: Era uno de mis mejores ayudantes.

—¿Significa eso que tú eres la constructora de esa caja que puede repetir cualquier objeto? —exclamé sorprendido.

—En cierto modo tan sólo. Yo terminé los trabajos que mi padre había comenzado muchísimos años antes, ayudado por unos cuantos colaboradores, entre les cuales figuraban Henry, Pavlov y un hamaliano.

—Claro. Y cuando vieron que la caja funcionaba, trataron de apoderarse de ella para disfrutar de sus beneficios.

—Exactamente. Yo creo que fue más que nada la muerte de mi padre lo que disgregó el equipo. A pesar de todo, siempre creí en la fidelidad de Lyvillon —suspiró—. Llegué a pensar que quería casarse conmigo, pero lo que en realidad deseaba era el repetidor.

Callé durante unos instantes. Casi con toda seguridad, Lyvillon, para no hacerse sospechoso a los ojos de Concordia, había enviado a los dos tipos a quienes Drrit y Snitf habían eliminado con tanta limpieza. Pero a última hora, viendo que las cosas se ponían cada vez peores, había resuelto quitarse la máscara y nos había abandonado en pleno desierto, sin armas, agua ni víveres.

—¿Por qué te inscribiste en el hotel como señora Lyvillon? —pregunté.

—Temía ser seguida y deseaba despistar a mis posibles perseguidores. —Me dirigió una cariñosa sonrisa—. Lo que nunca sospeché es que tú fueses uno de esos perseguidores. ¿Qué te hizo lanzarte detrás de mí, cariño?

Pasé el brazo por encima de su hombro y la atraje hacia mí.

—Imagínate, querida —respondí.

* * *

La noche fue una repetición de la anterior. De cuando en cuando, nos veíamos obligados a detenernos para dar un poco de descanso a nuestras fatigadas piernas, pero no podíamos permanecer mucho rato parados. El intensísimo frío que reinaba, de varios grados bajo cero, nos obligaba a reanudar la marcha casi de inmediato, a fin de no quedarnos congelados en el sitio, dada la brevedad de nuestro atavío. Ninguno había contado con pernoctar fuera del coche y, por dicha razón, nuestros ropajes eran muy livianos.

Poco a poco, sin embargo, fuimos ganando terreno. Al fin, cuando la nueva aurora empezó a disipar las sombras, nos detuvimos, aspeados, exhaustos y muertos de sed y cansancio. Sobre todo Concordia, quien, aunque durante toda la noche había dado muestras de un valor a toda prueba, ahora empezaba ya a dar señales de agotamiento.

La casa no se veía aún. Sin embargo, me parecía que no debía hallarse ya muy lejos. Sostuve a Concordia hasta encontrar un lugar resguardado, en donde la acomodé lo mejor que pude.

Me arrodillé a su lado. Tenía las facciones afiladas y sus labios aparecían descoloridos y agrietados. Era difícil que se mantuviese durante uno o dos días más, si no conseguíamos hallar un poco de agua por lo menos; harto es sabido que el organismo humano soporta mucho mejor la falta de comida que la de líquidos potables.

—Tiéndete aquí y espera —dije.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó.

—Explorar el terreno. Pero no temas, volveré pronto.

Y, antes de que pudiera detenerme, me deslicé por entre las rocas, siguiendo una dirección aproximada hacia el oeste.

Caminé durante un cuarto de hora, poco más o menos. De pronto, al asomar al otro lado de un farallón basáltico, compuesto por varias decenas de columnas hexagonales de enorme altura, divisé la casa.

Estaba en el centro de lo que hubiera sido un profundo fiordo de haber estado lleno de agua el fondo del Valle. Era como una colosal hendidura en la base de las montañas, de unos ochocientos metros

de largo, por la cuarta parte de ancho. La altura de los muros rocosos era enorme y daban la sensación de ir a desplomarse en cualquier momento sobre el edificio.

Éste constaba de una sola planta, al estilo de los ranchos californianos de mediados del siglo XX, con tejado a dos aguas, de brillantes tejas encarnadas y grandes ventanales de vidrio. Había en torno al mismo numerosos árboles que proporcionaban una grata sombra a la casa, y una buena extensión del terreno aparecía cubierta por una gran cantidad de arriates y setos, con flores de todos los colores. En el centro del jardín y a un lado de la casa, había, ¿cómo no?, una gran piscina para practicar la natación.

La vista del agua excitó mi sed de un modo considerable. Tuve que hacer un terrible esfuerzo para no lanzarme de cabeza a la piscina, pero logré dominarme. Hubiera sido una imprudencia, ya que podrían haberme visto desde la casa y aquello habría significado mi pérdida inmediata.

Empecé a pensar en el modo de llegar lo más rápido posible al edificio. Pude ver uno de los coches estacionados al otro lado, pero ni rastro del ocupado por los hamalianos. ¿Dónde se habían metido éstos?

De repente, oí un ruido extraño que me llenó de asombro. Por un momento, pensé que mis tímpanos me estaban jugando una mala pasada, pero no tardé en comprobar que mi sistema auditivo se encontraba en magnífico estado.

Era el ruido de un gran chorro de agua, cayendo desde poca altura. Parecía como si el líquido brotase de uno de los paredones del fiordo seco, procedente de un gran tubo de desagüe. Antes de que pudiera localizar el punto exacto por el ruido, pude ver una corriente de agua que serpenteaba por el suelo casi en la dirección en que yo me encontraba.

El fondo de la hendidura era ligeramente inclinado hacia el Valle. Su pendiente no era muy grande; no pasaría del dos o el tres por ciento, pero era suficiente para provocar el deslizamiento del agua. La mayor parte del líquido era embebido por la tierra sedienta; sin embargo, resultaba evidente que cuanto más líquido continuase cayendo, menos perdería por filtración.

Al cabo de unos minutos, vi con toda claridad que la corriente de agua, cuyo caudal no daba señales de decrecer, pasaría a una

docena de metros del lugar en que me hallaba. Tanto daba, sin embargo, como que pasara a un millar de kilómetros; el terreno, en aquel punto, era completamente despejado y sería visto desde la casa apenas saliese de mi escondite.

Con las fauces resecas por completo, vi correr el agua por delante de mí hacia el Valle. Desconcertado hasta el máximo me pregunté de dónde brotaba aquella fuente y qué procedimientos habían empleado Pavlov y Qretsi para encontrar lo que parecía una inextinguible vena de líquido.

El agua empezó a deslizarse hacia el Valle. Miré hacia el futuro. Si el manantial no se agotaba, en pocos meses, el Valle sería un inmenso lago. ¡Qué riqueza para Skandelar, tan escaso de agua y aun ésta, en su mayoría, muy salada! Allí se formaría un lago de ochenta kilómetros de largo por cuarenta de ancho, término medio, y de una profundidad máxima que oscilaría alrededor de los quinientos metros. Billones de toneladas de agua embalsada en aquel colosal cuenco, que tendrían una fácil salida por el Paso Stockton hacia el otro lado de la Cordillera Bwirty. Fuera quien fuera el autor de aquella idea, no podía por menos que felicitársele.

Pero yo no podía permanecer más tiempo en aquel lugar. Regresé junto a Concordia, quien, para mi sorpresa, me esperaba despierta.

—¿Has encontrado la casa, Jack? —preguntó con ansiedad en la voz.

—Sí. Está a un kilómetro de aquí. —Moví la cabeza, lleno de admiración—. Si es cierto que la han construido con el repetidor, entonces el aparatito es la auténtica lámpara de Aladino.

—Nos burlamos de los antiguos —manifestó ella en tono reflexivo—, pero conocían muchas cosas de las cuales hoy no tenemos ni idea. Es posible que lo de la lámpara de Aladino sea una leyenda, pero ¿qué leyenda no tiene una mínima base de veracidad?

—Como quieras. Sin embargo, ahora la están usando para convertir el Valle en un lago. —Y le expliqué lo que había visto.

Ella se puso en pie de un salto.

—¿Estás seguro, Jack?

Me volví un momento y extendí el brazo.

Los primeros regueros de líquido empezaban a correr ya por las pendientes del Valle en dirección a la parte más honda.

CAPÍTULO XIII

El día resultó un infierno. Veíamos deslizarse el agua hacia el fondo del Valle y no podíamos arriesgarnos a salir de nuestro escondrijo por temor a que nos fusilaran desde la casa. Francamente, no sé qué habría sido de nosotros de haber tenido que soportar veinticuatro horas más sin probar una gota de agua.

Cuando se hizo la oscuridad, agarré de la mano a Concordia y echamos a correr como locos en dirección al agua. Nos tiramos al suelo de pechos y bebimos largamente, hasta saciar la sed por completo. La entrada de líquido en nuestros cuerpos, que ya mostraban síntomas de deshidratación, resultó providencial.

Verdaderamente, no esperábamos encontrarla tan pronto.

Durante un rato permanecimos en el mismo sitio, al borde de la corriente de agua que se deslizaba rápidamente en busca de los lugares de menor cota. Disfrutamos del inmenso placer de mojarnos la cara y las manos, aunque, previendo el frío nocturno, nos abstuvimos de bañarnos.

—¿Y bien? —dije al cabo de unos minutos, ya más reconfortados los dos—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Acercarnos a la casa?

—Yo creo que sería lo mejor, Jack —aceptó Concordia.

—¿Y después?

—Actuaremos según las circunstancias.

—Es preciso tener en cuenta que deberemos enfrentamos con cinco enemigos, nada menos, querida; posiblemente, todos armados y con ganas de suprimir estorbos.

—Bien, de acuerdo. Pero da la casualidad de que esos cinco enemigos componen tres bandos distintos. Ellos están divididos, nosotros unidos. Ésta es nuestra ventaja.

—Ojalá tengas razón —suspiré. Metí la mano en el líquido; se enfriaba rápidamente y quizá se congelase en parte durante la noche—. ¿Cómo habrán conseguido hacer brotar esta fuente de agua?

—Utilizando el repetidor, claro está.

—¿Puede funcionar ese aparato sin cesar, es decir, durante largo rato?

—Años enteros —contestó ella.

Moví la cabeza. Todavía no estaba convencido, pero es que el artefacto resultaba harto maravilloso, en mi opinión. Lo que no acababa de entender era su funcionamiento.

—Te lo explicaré un poco más adelante —dijo ella, cuando se lo pregunté—. Ahora vamos a acercarnos a la casa, a ver qué sucede en su interior.

—De acuerdo.

Empezamos a caminar, siguiendo la corriente a una distancia prudencial. En pocos momentos, alcanzamos el límite de los jardines y nos detuvimos a escuchar.

La casa aparecía sumida en el más completo silencio. Me pregunté dónde diablos podrían haberse metido aquellos cinco personajes. ¿Era que el repetidor podía funcionar también a la inversa y los había hecho desaparecer a todos?

—Vamos —susurró ella, tirándome de la manga del traje.

Recorrimos la mitad del jardín. De súbito, uno de mis pies tropezó con algo blando, como un cuerpo humano tendido en el suelo.

Sentí que un helado escalofrío me recorría la espina dorsal.

—¡Cuidado, Concordia! —susurré.

—¿Qué ocurre?

—Hay alguien tendido en el suelo. Agáchate, pronto.

Los árboles arrojaban una densa oscuridad sobre el lugar, hasta el punto que apenas si podíamos distinguir los objetos a cuatro pasos de distancia. Me arrodillé y palpé con los dedos el cuerpo que yacía a mis pies.

—¡Es uno de los hamalianos! —exclamé, desconcertado.

Sus brazos y piernas bifurcados no ofrecían la menor duda en cuanto a su identificación.

—¿Lo habrán matado Pavlov y Qretsi? —murmuró ella.

—Tal como está el asunto, no me extrañaría nada. Sigamos, Cordy —dije.

Ella no protestó por el diminutivo; antes bien, pareció agradarle, porque vi brillar sus blancos dientes en la oscuridad.

Unos metros más allá, cuando ya estábamos sólo a quince o

veinte de la casa, tropezamos con el segundo hamaliano, tendido, como el anterior, en el suelo. Su piel estaba completamente fría y aunque su temperatura externa solía ser mucho más baja que la de un humano terrestre, la ausencia de todo calor me indicó que era cadáver.

¿Quién había asesinado a los hamalianos? Sentí una especie de compasión por aquellos dos individuos. Ciertamente, no me habían sido muy simpáticos, pero tampoco me habían causado ningún mal irreparable. Esto quería decir una cosa: allí adentro, en el edificio, había un sanguinario asesino, para quien la vida humana carecía de valor alguno cuando de conseguir sus planes se trataba.

—¡Sigamos! —musitó Concordia.

Continuamos nuestro camino. De repente, cuando ya estábamos a unos pocos pasos de la pared, las luces de la casa se encendieron de repente.

Tres personas aparecieron ante nuestra vista. Eran Pavlov; el markabiano, como es natural dentro de su pecera, y Henry Lyvillon. Éste mantenía a Pavlov a raya con la amenaza de un rifle que empuñaba con ambas manos.

Apenas vi que se encendía la luz, agarré a Concordia por un brazo y la aparté de un lado, a fin de evitar nos vieran desde el interior, ya que el resplandor que brotaba desde la ventana nos iluminaba de lleno. Nos situamos a un lado y procuramos escuchar lo que allí se decía.

—¡Eres un maldito canalla, un piojoso traidor, Henry! —barbotó Pavlov, ciego de cólera.

En su pecera, Qretsi se agitaba con furia, emitiendo terribles interjecciones en el cacareante lenguaje de los seres de Markab. Indiferente a los insultos Lyvillon reía con supremo cinismo.

—¿Y vosotros? ¿Acaso sois más decentes que yo, pretendiendo quedaros solos con el maravilloso invento del profesor Veintiuno y de su linda hija Concordia? Vamos, vamos, no seamos ahora tan escrupulosos. Todo es cuestión de ser un poco más listo que los demás.

—Pero tú... tú... —Pavlov se ahogaba de furor—. Tú lo quieres para lucrarte con él, Henry. No me opongo a que saques del repetidor un beneficio lícito, pero no que pretendas hacer de él la fuente de tus riquezas y quién sabe si no de tu poder personal.

—Oh, no, eso no —contestó Lyvillon con suprema desvergüenza —. En efecto, con un cacharrito de éstos podría alcanzar un fabuloso poder... pero el poder, por muchas satisfacciones que proporcione, da aún más dolores de cabeza. Y yo sólo deseo satisfacciones, ¿estamos?

—Si te lo llevas para tu lucro personal, nos impedirás llevar a cabo nuestros planes, Henry. Por favor...

—¿Qué planes son? —preguntó Lyvillon, interesado de repente.

—Vamos a rellenar de agua el fondo del Valle de la Risa, a fin de establecer aquí una colonia de markabianos. Esto, en primer lugar; después...

—No me interesan vuestros planes. Me llevaré el aparato, eso es todo.

—¡No te lo permitiré! —gritó Pavlov.

Lyvillon levantó el rifle.

—¿De qué forma piensas impedírmelo? —preguntó.

Pavlov calló. La amenaza del rifle era harto patente para que pudiera contrarrestar los planes del miserable.

—Supongo —dijo en tono lleno de desprecio— que cuando lo tengas en tu poder, lo convertirás en una vulgar máquina de fabricar billetes de banco.

—¡Hombre! —exclamó Lyvillon riendo—. Ésa es una buena idea. No se me había ocurrido, palabra. Quizá sea así mejor; que me fabrique el dinero, en lugar de los objetos que necesite. De este modo, nadie podrá extrañarse de mis riquezas.

De pronto, sentí que Concordia se agachaba. Cuando se incorporó, vi que tenía una piedra en la mano.

Me apoderé de ella con suavidad. Lyvillon estaba a unos pasos de distancia tan sólo. El problema era acertarle a fin de romper sus defensas desde el primer momento.

De repente, Pavlov formuló una pregunta.

—Y Concordia, ¿dónde está?

Lyvillon se encogió de hombros.

—Se quedó por ahí atrás —respondió en tono indiferente.

El rostro de Pavlov se cubrió de espanto.

—¡La has asesinado! —exclamó.

—¿Importa eso mucho ahora? —dijo Lyvillon con desvergüenza en su voz—. Bueno, ¿dónde diablos está el repetidor? Ya hemos

hablado bastante...

La chillona voz de Qretsi le interrumpió de pronto.

—¡Pavlov, mátalo! ¡Ese canalla no merece vivir!

Los ojos de Lyvillon centellearon con fulgor asesino.

—¡Pez asqueroso! —exclamó.

De súbito, sin previo aviso, apretó el gatillo. El proyectil perforó la pecera por dos sitios. El agua empezó a salir por los orificios.

Qretsi se dio cuenta de que iba a morir sin remisión s no se daba prisa en actuar. En pocos segundos quedaría vacía la pecera y, falto de oxígeno, perecería *ipso facto*.

Pegó un fuerte coletazo y consiguió saltar fuera del agujereado cubículo de vidrio. Luego, agitándose espasmódicamente, en sus ansias por llegar a un lugar donde hubiese agua, corrió hacia la ventana, ayudándose con la cola, mientras las estentóreas carcajadas de Lyvillon, a quien parecía divertirle mucho el espectáculo, atronaban el ambiente.

Qretsi pegó el último coletazo y atravesó la ventana, para caer al exterior, a dos pasos del lugar en que nos hallábamos Concordia y yo.

CAPÍTULO XIV

L

as risotadas de Lyvillon resonaban todavía, cuando Qretsi consiguió franquear la ventana. A pesar de todo, pude darme cuenta de que el markabiano moriría antes de tener tiempo de conseguir sus propósitos.

No era amigo mío, pero estimé que debía hacer algo por él. Sin embargo, no podía actuar en tanto Lyvillon estuviera armado con el rifle. Eché el brazo atrás y lo distendí con todas mis fuerzas. La piedra alcanzó a Lyvillon en un lado de la frente y le hizo caer como buey apuntillado, ante la sorpresa de Pavlov.

Inmediatamente, eché a correr detrás de Qretsi, cuyos movimientos eran ya cada vez más débiles. Lo alcancé a los diez o doce pasos y lo levanté en vilo.

—Quédese quieto —dije—. Sólo trato de ayudarle.

He aquí las consecuencias de que la gente haya conseguido viajar por los espacios interestelares: que un hombre lleve en sus brazos un pez de metro y medio de largo y sesenta kilos de peso, y encima le hable en tono cariñoso... y además que el pez le conteste.

Corrí hacia la piscina con toda la rapidez que pude imprimir a mis piernas. Comprendiendo su situación, Qretsi se estaba quieto, a fin de no embarazar mis movimientos. Unos segundos después, lo soltaba al borde de la piscina.

—¡Gracias! —gorgoteó mientras volaba por los aires, antes de chapuzarse.

Entró en el agua y coleteó satisfecho. Una vez que hube visto que su vida no corría ya peligro, regresé junto a la casa.

Concordia se hallaba frente a Pavlov, quien, abochornado, mantenía la cabeza baja, sin atreverse a mirarla a la cara. Lyvillon continuaba todavía desvanecido en el suelo.

Recogí el rifle y registré con meticulosidad los bolsillos del desmayado, sin encontrar nada de particular, mientras Concordia ponía verde a Pavlov.

—De acuerdo, de acuerdo, tienes toda la razón del mundo —contestó el sujeto, bastante malhumorado—. El repetidor está aquí. ¿Quieres llevártelo?

—Por supuesto —contestó ella—. Y el otro también.

—¿Cómo sabes que hay otro? —preguntó Pavlov, asombrado.

—El agua sigue fluyendo, ¿verdad? Hicieron que el repetidor les fabricase un instrumento análogo y luego dieron al segundo instrucciones para que provocase un manantial, extrayendo del subsuelo de Skandelar las moléculas correspondientes al hidrógeno y al oxígeno. Supongo que lo dejarán funcionando hasta que se agote la pila energética, cosa que ocurrirá dentro de tres o cuatro años.

—Sí, ésas eran nuestras intenciones —admitió Pavlov.

—Bueno —vaciló Concordia—, ya veré lo que hago. Pero, de momento, deseo el original. ¿Dónde está?

—Te lo traeré enseguida —contestó Pavlov.

—Un momento —dije—. Le acompañaré yo, Pablito; no tengo ganas de que nos gaste una mala pasada. Ah, y luego me explicarán cómo funciona esa lámpara de Aladino. —Pasé el rifle a la muchacha—. Vigílalo bien, Cordy —me refería al desmayado

Lyvillon.

Ella asintió. Pavlov y yo pasamos a una habitación interior, muy pequeña, donde, sobre una mesa de metro y medio de lado, se encontraba la famosa maleta que tantos disgustos y aventuras me había ocasionado desde su caída en mi jardín.

Pavlov alargó la mano hacia el repetidor, pero corté su gesto en seco, interponiéndome entre él y el aparato. Lo tomé en mis manos y regresamos al salón, donde Concordia continuaba vigilando a Lyvillon, quien, por cierto, seguía sin conocimiento.

Deposité el aparato sobre una mesa y me situé a su lado, en actitud inquisitiva.

—¿Y bien?

Concordia se me acercó y me entregó el rifle. Luego empezó a hablar.

—La acción del repetidor, en síntesis, es análoga a la de las Puertas Galácticas, aunque, sin embargo, haya diferencias sustanciales entre las Puertas y el aparato que planeó y empezó a construir mi padre. Ahora bien, su funcionamiento se basa, precisamente, en los mismos principios que hacen actuar a las Puertas, trasladando a través del espacio personas, animales y objetos en cuestión de minutos, por grande que sea la distancia.

»Una Puerta Galáctica traslada a una persona a otro lugar del espacio, descomponiendo su cuerpo en los trillones de átomos de que está compuesto y volviéndolos a reunir al cabo de unos minutos en la Puerta opuesta, hacia donde ha sido orientado el mecanismo de traslación. Obvio es decir que, si no hubiese una Puerta de llegada, esos átomos no volverían a reunirse jamás y el sujeto perecería o, caso de tratarse de un objeto inanimado, quedaría disipado en el espacio.

»Basándose en esta teoría, mi padre empezó a construir su repetidor. Es difícil explicar en síntesis cómo funciona; además hemos de tener en cuenta que lo hace sin contar con lo que podríamos llamar el contrapeso o la colaboración de otro aparato similar, al estilo de las Puertas Galácticas. Éstas no servirían para nada si no tuviesen otra Puerta que recogiera, agrupase y conformase de nuevo los átomos disgregados y proyectados por la Puerta emisora. Mi padre consiguió vencer este inconveniente.

»El repetidor no repite las cosas, sino que reúne los átomos,

formando las moléculas y luego el objeto que desee reproducirse. Para funcionar, crea lo que podríamos denominar campos de fuerza magnética, de atracción o como quiera llamárselos; esto, a fin de cuentas y para una somera explicación, es indiferente. Actúa como una especie de potentísimo imán que atrae y reúne esos átomos, componiendo el objeto que se desee reproducir, extrayendo tales átomos de las inmediaciones del lugar en que se encuentra. No es preciso ser un lince para saber que en torno a nosotros existen todos los componentes atómicos de cualquier organismo animal o vegetal, así como de cualquier cosa inanimada que se desee reproducir.

»El átomo de hierro es el mismo en cualquier mundo de la Galaxia. El átomo de oxígeno no varía por grandes que sean las distancias. Y así sucede con los demás. —Concordia pegó un ligero golpecito en el suelo con el pie—. Debajo de nosotros existen todos los átomos habidos y por haber. Sólo es preciso reunidos en moléculas correspondientes y éstas en sus grupos peculiares, para tener el objeto que se desea. En síntesis, así funciona mi repetidor.

Me acaricié la mandíbula, mientras contemplaba, la caja con aire entre escéptico y dubitativo. De pronto, manifesté:

—Pero ¿cómo sabe el aparato que debe reproducir, pongamos por ejemplo, un vaso de agua?

—Vas a verlo ahora —contestó ella.

Se situó en uno de los extremos y presionó las dos esquinas superiores con ambas manos alternativamente y varias veces, según una especie de código Morse. De súbito, se oyó un ligero chasquido y parte de la tapa vertical de aquel lado giró sobre unos goznes invisibles.

Delante de mí quedó un hueco de unos treinta y cinco centímetros de anchura, por veinte de profundidad y medio metro de altura. Casi al final del mismo había un teclado parecido al de una máquina de escribir, con todas las letras del alfabeto, más los números, aparte de una serie de signos en veinte o más teclas, los cuales resultaban incomprensibles para mí.

Sobre el teclado había una ranura de un centímetro de ancho por quince de largo. Encima de ésta, se veía una doble hilera de luces piloto, apagadas en aquel instante y, sobre todo el conjunto, había una pequeña pantalla de televisión. Comprendí que aquel conjunto de aparatos era el cuadro de mandos del repetidor.

Concordia escribió algo sobre el teclado, después de haber movido el interruptor de contacto. Mientras tecleaba ágilmente con los dedos, las lucecitas se encendían y apagaban con rapidez. Al finalizar, después de unos pocos segundos, todas las luces se apagaron menos una, algo mayor que las restantes, de un vivo color verde.

La pantalla de televisión se encendió, mostrándonos un objeto en su interior. De repente sonó un fuerte timbrazo.

Contemplé con ojos atónitos el objeto que acababa de aparecer encima de la mesa, completamente idéntico al que había visto en la pantalla. Era preciso reconocer que Concordia poseía un acusado sentido del humor, puesto que la cosa era, ni más ni menos, que una enorme jarra de cerveza, cubierta de espuma en sus bordes.

—Toma y bebe —exclamó ella, sonriendo.

Me llevé la cerveza a los labios, no sin sentir cierta aprensión ante aquella maravillosa demostración que superaba cuanto yo era capaz de realizar en un escenario.

—Vamos, pruébala —dijo Concordia en tono persuasivo.

Hice lo que me decía. Pero casi en el acto deposité la cerveza sobre la mesa.

El rostro de la muchacha expresó un vivo desencanto.

—¿Es que sabe mal? —preguntó, angustiada.

—Nada de eso —contesté, enojado—. Está caliente.

Concordia me miró durante unos segundos y luego rompió a reír.

—¡Qué tonta! Olvidé formular la indicación de la temperatura. Espera; te serviré otra jarra bien fresquita.

Sí, la segunda cerveza daba gloria beberla. No sé si dentro del repetidor había un pequeño duendecillo que atendía todas las indicaciones que le transmitía Concordia, pero después de que ella hubo hecho unas cuantas demostraciones más con diferentes objetos de uso cotidiano: cigarrillos, lápices, un estupendo reloj de pulsera y varias cosas más por el estilo, quedé convencido de que el aparato era todo lo bueno que decían.

—Bien —dije al cabo de un rato—, he podido ver que esto funciona y no me cabe la menor duda de que, si ahora le pidiese una buena cena, me la serviría en el acto. También me imagino que para el repetidor «repetido» debe de ser cosa sencilla hacer manar

constantemente un chorro de agua, ya que sólo tiene que repetir en las proporciones adecuadas los átomos de hidrógeno y de oxígeno. Ahora bien, ¿cómo se las arregla este cacharro para construir esta casa, con su jardín y su piscina? ¿Qué pasaría si ahora yo le encargase un transatlántico?

Concordia sonrió.

—El repetidor tiene unos cuantos circuitos memorísticos, grabados previamente con las cosas de uso más frecuente en la vida cotidiana. Si alguno no figura en sus bobinas, se formula, se pide, se reproduce y luego, en cualquier momento, podrá tenerse un ejemplar en el momento que se desee. Ahora bien —añadió, mirando de reojo a Pavlov—, me imagino que, para construir esta casa, se habrán traído unos planos detalladísimos, traducidos luego al código del repetidor, en los cuales se habrá incluido el menor detalle. Una vez hecha esa «traducción» en unas tarjetas perforadas según el código, por una máquina especial que ahora no está aquí, se introducen por la ranura... y a partir de ahora, cada vez que le pidas una casa con jardín y piscina, te la construirá en veinticuatro horas exacta a ésta.

Me santigüé varias veces. Aquello parecía cosa de brujería.

—Cualquiera diría que el diablo anda de por medio —comenté.

—En el aparato no, aunque sí en algunas mentes —dijo Concordia con intención.

Pavlov se abochornó.

—Muchacha, tendrás que perdonarnos —suplicó—. Cuando vimos que esto funcionaba, Qretsi y yo perdimos la cabeza.

—A juzgar por lo que he podido ver, Qretsi ha estado a punto de perder hasta la cola —rezongué—. Cordy, ¿qué vas a hacer ahora con ellos?

La muchacha vaciló.

—Por supuesto, llevarme el repetidor...

—Pero ¡dejarás el que está funcionando! —exclamó Pavlov.

Concordia me consultó con la mirada.

—¿Puede seguir manando el agua de donde sale ahora aunque el repetidor esté a veinte kilómetros de distancia?

—Tendríamos que realizar algunas modificaciones en los circuitos de orientación y distancia, pero funcionaría lo mismo, desde luego.

—Bien —resolví con el aire de un monarca absoluto—, dejaremos aquí ese repetidor, a fin de que el agua siga manando. Pero lo trasladaremos al punto más hondo del Valle, a fin de que quede cubierto para siempre por las aguas y nadie pueda rescatarlo. Si usted, Pavlov, y su compañero Qretsi, prometen solemnemente que se contentarán con el agua, les dejaremos el aparato. En otro caso nos lo llevaremos y los markabianos no podrán establecer aquí una colonia.

—Por mi parte, encantado. Supongo que Qretsi opinará igual.

—Pobre de él si piensa lo contrario —amenacé—. Abriré el desagüe de la piscina y...

Concordia me interrumpió de repente.

—Cuidado, Jack; Henry se mueve ya.

CAPÍTULO XV

L

yvillon se puso en pie con gestos torpes, mientras nos miraba con expresión atravesada. Le apunté con el rifle al estómago.

—¡Cuidado, amigo! —le amenacé—. Una vez me gastó usted una sucia jugarreta; no le dejaré que la repita.

Lyvillon sacó un pañuelo y se limpió la frente.

—¿Qué es lo que piensan hacer conmigo? —peguntó.

—Debiéramos darte una ración de la misma medicina que nos propinaste —respondí—. Tienes suerte de que no seamos así. De todas formas, comprenderás que, mientras estemos aquí, no vamos a estar ocupándonos continuamente de ti. Cordy —pregunté de pronto, sin mirarla siquiera—, ¿tiene esa maquinita la receta de media docena de metros de buena cuerda de cáñamo?

—De cáñamo, no; pero sí de nilón, Jack.

—Tanto da —contesté—. Anda, saca esa cuerda. Vamos a amarrar a este pillastre para que no pueda hacer nada, mientras nosotros descansamos.

—Enseguida —repuso Concordia.

Unos momentos después, la máquina había «fabricado» los seis metros de cuerda de nilón requeridos. Entregué el rifle a Concordia

y luego ordené a Lyvillon que se volviera de espaldas.

El tipo obedeció a regañadientes, mascullando amenazas e interjecciones de mal gusto. Le até bien las manos a la espalda, juntándole los codos con una derivación de la cuerda y luego le pegué un fuerte empujón en la espalda, al mismo tiempo que le ponía la zancadilla.

Lyvillon cayó de bruces.

—Si no dejas de proferir palabrotas, pediré al repetidor un kilo de algodón y te lo meteré en la boca —amenacé.

Lyvillon se calló en el acto.

Luego le até los tobillos con la misma cuerda, acercándoselos cuanto pude a las manos y rematé la tarea con unas cuantas vueltas y nudos más. Al terminar, Lyvillon estaba fuera de combate, por el momento.

—Y ahora —exclamé—, si no hay comida en la casa, pídesela a la maquinita, Cordy, o te quedarás sin tu futuro esposo por inanición.

—Tengo una despensa bien provista —dijo Pavlov.

—Vaya, usted es de los que no olvida detalle —comenté—. Bueno, ¿a qué espera?

Minutos después, estábamos sentados a la mesa. Mientras comíamos, dije:

—Cordy, dile a la máquina que necesitamos ropas limpias para los dos. Éstas que llevamos están hechas un asquito.

—Conforme.

—Y ahora, dime: ¿cuáles son tus planes ulteriores para con el repetidor?

Ella vaciló un poco.

—Llevármelo, supongo.

—¿Y explotarlo en plan comercial?

—Pues algo había pensado sobre eso —confesó—. Sin embargo, es una cuestión muy delicada y habrá que meditar muy bien los pros y los contras.

—Y tanto —dije—. La aparición de máquinas como la tuya derrumbaría todos los mercados. Cada cual tendría una y todo el mundo podría obtener lo que quisiera sin más que formular la petición correspondiente a la máquina.

—Eso es lo que me contiene —manifestó Concordia.

—Entonces figúrate lo que pasaría si la lanzases al mercado en cantidades masivas. Si ya con una sola, se ha producido toda esta serie de peripecias, figúrate lo que pasaría cuando abundasen tanto como las moscas antes de la invención de los insecticidas. Falta, además, que pudieras extender su uso.

—¿Cómo? ¿Es que opinas que no podría producirla en serie? —exclamó Concordia, muy asombrada.

—Hay unas cuantas cosas que se han inventado, que no han trascendido jamás al público, porque habrían derrumbado los mercados. El extracto de gasolina: una proporción del uno por mil en el agua destilada bastaba para poner en funcionamiento cualquier tipo de automóvil con motor de combustión interna. La cuchilla de afeitar eterna, la lámpara eléctrica ídem de ídem, el fósforo que podía utilizarse quince o veinte mil veces antes de tirarlo… y tantas cosas más que no han visto jamás la luz. ¿Crees que tu repetidor, a la larga o a la corta, más bien a la corta, no correría la misma suerte?

—Es verdad —repuso Concordia, desalentada—. Pero, entonces, ¿qué hacer?

Pavlov estaba delante y, para ciertas cosas, era un testigo incómodo.

—¿Cómo anda tu economía particular? —pregunté.

Ella contestó:

—No muy bien, ésta es la verdad.

—De acuerdo. Yo te ofrezco un trabajo.

—¿Cuál?

—Ayudante del Gran Bertone. Eres guapa, tienes un buen tipo… y no hay prestidigitador que no tenga al lado una chica bonita. Supongo que preferirás serlo tú a que contrate otra ayudante.

—¡Naturalmente! —exclamó con gran vehemencia—. ¿Cómo puedes comprender que te lo iba a tolerar siquiera?

—De acuerdo —respondí—. No se hable más del asunto. Serás mi ayudante en el escenario… y mi esposa en los ratos libres. ¿Qué te parece el plan?

—Admirable —sonrió ella, muy satisfecha.

Me volví hacia Pavlov.

—Todavía tenemos otro problema que resolver —expresé.

—Usted dirá, señor Bertone —contestó el científico.

—He encontrado fuera dos cadáveres. Me imagino que fue Lyvillon quien mató a los dos hamalianos.

—Se equivoca usted —contestó el científico—. Los hamalianos están vivos.

Pegué un bote en el asiento. Concordia se sorprendió también muchísimo.

—¿Cómo puede ser eso? Vimos sus cadáveres —exclamé desconcertado.

—Sus cuerpos, que no es lo mismo. Ellos están vivos.

—No lo entiendo. Explíquese, Pavlov.

El científico lanzó un suspiro.

—Me obligaron a reproducir dos cuerpos humanos, a los cuales trasladaron ellos sus mentes. Ahora tienen figura terrestre.

Me acaricié la mandíbula en gesto reflexivo.

—¿Para qué habrán querido cambiar de apariencia? —murmuré, meditabundo.

—Lo malo es —gimió Pavlov—, no que hayan querido cambiar de apariencia, sino que me obligaron también a reproducir un repetidor.

—¡Oh, no! —exclamé encolerizado—. ¡Eso sería ya demasiado! ¡Esos tipos producirán una catástrofe…!

—Jack —me interrumpió Concordia de súbito—, ¿y si lo que pretenden es que todos los hamalianos cambien de figura?

La perspectiva me dejó sin habla.

—Pero ¿por qué? No acabo de comprenderlo.

—Yo se lo explicaré —dijo una voz en aquel momento.

Los tres volvimos la cabeza al mismo tiempo.

Sentado en el alféizar de la ventana, con expresión sonriente, había un hombre joven, de agradable presencia, en cuyas manos podía verse una pistola radiante de terrorífico aspecto.

—¿Quién es usted? —pregunté, poniéndome en pie con tanta precipitación, que derribé la silla al suelo.

—En tiempos no muy remotos —contestó el sujeto—, me llamaba Drrit. Ahora tendré que buscar un nombre terrestre. Esto, sin embargo, tiene poca importancia. Lo realmente atractivo es mi nueva figura. Pero —añadió con malicia—, tendrían que ver la de mi compañero Snitf, mejor dicho, mi compañera.

Comprendí lo que quería decir el individuo y la sangre se me

heló en las venas.

—¿Dónde está Snitf? —pregunté casi a gritos.

De pronto sonó una atronadora explosión. El suelo vibró con fuerza; casi enseguida, después del tremendo estampido, escuchamos el inconfundible rumor de una gran cascada de agua que caía después de haber subido a lo alto.

—Ésa es Snitf —contestó Drrit con aire de viva complacencia—. Acaba de arrojar a la piscina un cartucho de la vieja pero siempre confiable dinamita.

CAPÍTULO XVI

E

n medio del profundo silencio que habían producido las sorprendentes manifestaciones de Drrit, escuchamos el rumor de unos pasos sobre la gravilla del jardín. Instantes después, una linda muchacha de cabellos oscuros pasaba un par de bien torneadas piernas por encima del antepecho y se introducía en la habitación. Era muy bonita, pero su belleza fisonómica quedaba desvirtuada por la expresión de dureza de su rostro y la pistola radiante que empuñaba con firme mano.

—¿Qué hay? —dijo en tono voluble, un tanto desgarrado.

—¡Así que usted es Snitf! —exclamé, atónito.

—Era —contestó ella con desparpajo—. Ahora me llamo Lola.

—Bien, hay que reconocer que el repetidor ha obrado maravillas con ustedes. ¿Puedo preguntarles, sin embargo, qué es lo que van a hacer con nosotros?

Lola arrojó una mirada al cuerpo de Lyvillon. De pronto, sin previo aviso, disparó su pistola y carbonizó al individuo.

—Esto —dijo con helado laconismo.

Concordia lanzó un grito de espanto y se refugió en mis brazos. Yo los miré de frente.

—Creíamos que se habrían ido.

—Ésa era nuestra primitiva intención —confesó Drrit—, pero la rectificamos, después de pensárnoslo bien, regresamos. Tenemos la intención de destruir los dos repetidores que quedan y matarles a

ustedes, después de lo cual abandonaremos Skandelar definitivamente con rumbo a Hamal.

—El plan podría parecer perfecto, si no fuese por dos inconvenientes —observé.

—¿Cuáles? —preguntó Drrit—. Confieso que yo no veo ninguno, pero siempre es interesante conocer el punto de vista del adversario. Sobre todo, si eso nos conduce a corregir posibles errores antes de cometerlos.

Sonreí con suficiencia.

—Temo que esos errores no puedan ser corregidos —contesté—. Imagino que uno de sus objetivos es llevarse el repetidor a Hamal y convertir a todo el mundo en seres con figura terrestre.

—Justamente. Hemos pensado que, a fin de cuentas, el cuerpo del humano de la Tierra es uno de los más bellos y, aprovechando esta circunstancia, trataremos de cambiar a todos nuestros congéneres —admitió Drrit.

—Sí, pero no sabemos si esos cuerpos serán aptos para, digamos, repetirse por medios naturales en otros. En una palabra, que es muy posible que sean estériles.

No sabía si esto podría ser verdad, pero lo dije a fin de desconcertarlos. Convenía, sobre todo, ganar tiempo, antes de que empezaran a asarnos con sus pistolitas. «Lola» lanzó un agudo grito.

—¡Drrit, no hemos pensado en eso!

—No te preocupes, querida —sonrió Drrit—. En todo caso, el repetidor nos ayudaría a completar lo que faltase en nuestro nuevo organismo humano para poder reproducirnos. ¿No opina usted que eso puede suceder perfectamente, señor Bertone?

—Es posible —admití con cierta indiferencia—, es un inconveniente que acaso sea factible de obviar. Pero siempre queda otro, el más difícil, el que no podrán salvar de ninguna de las maneras.

—¿Cuál? —preguntó Drrit en tono agresivo.

Se daba cuenta de que ahora yo hablaba en serio.

—Ustedes están ahora en Skandelar. Dígame, ¿qué medio piensan emplear para regresar a Hamal?

—Las Puertas Galáct…

Drrit se interrumpió de repente. Yo me eché a reír.

—Claro, si no fuese por la dichosa fórmula atomomolecular. Y,

dígame, ¿dónde tienen ustedes su tarjeta con la fórmula? Y, aunque la consiguieran por medios que no es preciso citar, ¿qué Puerta Galáctica permitiría el paso a un hamaliano de mente y cuerpo terrestre? No porque los empleados les opusieran algún inconveniente, sino por las mismas condiciones físicas de sus nuevos cuerpos, absolutamente incompatibles, en las actuales circunstancias, con los efectos de traslación de las Puertas. Ustedes pueden usarlas siendo hamalianos o sendo terrestres, pero no una cosa mixta. Franquearían la Puerta de ida, desde luego, pero se quedarían dispersos por el espacio, convertidos en polvillo atómico para siempre.

Después que hube hablado, un denso silencio sobrevino en la estancia. Drrit y «Lola» parecían reflexionar sobre mis palabras.

De pronto, de un modo absurdo, desatentado, frenético, el hamaliano con figura de mujer lanzó un agudo grito, con las facciones desencajadas y deformadas por el odio más absoluto:

—¡Drrit, mátalos, mátalos a todos!

* * *

Los hamalianos habían olvidado una cosa: su cuerpo era terrestre, pero su mente continuaba siendo la misma que les había sido otorgada al nacer. Y, naturalmente, yo me aproveché de ello.

De pronto, un menudo ratoncillo empezó a corretear por el suelo de la estancia. «Lola» lanzó un agudo chillido y se subió como un rayo encima de una silla. Y no vayan a creerse ustedes que Concordia se quedó a la zaga en cuanto a escapar del minúsculo roedor. No sé por qué, pero ella lo vio también, y se encaramó de un salto en la mesa, haciéndole el dúo al hamaliano en la cuestión de chillidos y gritos de pavor.

Pavlov empezó a jurar como un poseído. En cambio, Drrit no se dejó influenciar por mi mente del todo, porque, pese a que estaba viendo corretear al ratoncillo, se dio cuenta de que era una argucia mía para combatirles.

Su mano derecha se levantó para abrasarme de un disparo. Agaché la cabeza y luego rodé a un lado, sin soltar el rifle. Di un par de vueltas sobre mí mismo y luego me detuve una fracción de segundo. Antes de que Drrit pudiera fijar la puntería, apreté el gatillo.

Las manos de Drrit se elevaron al cielo un instante. Luego dobló

las rodillas y empezó a caer hacia adelante.

Yo no vi terminar su caída. Mi preocupación, en aquellos momentos, era su congénere. Al concentrar mi atención en defenderme de Drrit, el ratón tenía que haber desaparecido.

Giré de nuevo por el suelo, justo en el instante en que una descarga radiante abrasaba el suelo a un paso de mí. Como en un sueño, escuché la voz de Concordia que gritaba, y luego el ruido de una silla al chocar primero contra un cuerpo humano y después contra el suelo.

Detuve mis movimientos. Concordia había arrojado una silla contra «Lola» y aunque no le causó graves daños, sí le hizo perder el equilibrio por el momento y consiguió distraer su atención de mi persona. Antes de que pudiera reponerse, le atravesé el pecho de un balazo bien dirigido.

Me puse en pie poco a poco. Fijé la vista en Concordia y luego moví la cabeza con gesto pesimista.

—Ha sido una lástima, que esto haya tenido que terminar así —murmuré, apesadumbrado.

—Ellos querían matarle —arguyó Pavlov.

Le miré con severidad.

—Usted y Qretsi iniciaron una cadena de hechos que han desembocado luego en nada menos que cuatro muertes —expresé en tono acusador—. Todo lo ocurrido podría haberse evitado si usted y su compañero hubiesen tenido dos dedos de frente y, aun deseando el repetidor, hubiesen tratado de obtener de Concordia, por las buenas, lo que quisieron lograr por la violencia. —Hinché el pecho—. Lo sacaremos de aquí, pero apenas lleguemos a Skandelar I, hará el favor de desaparecer de nuestra vista para siempre.

—Pero... —balbuceó Pavlov, muy pálido— usted prometió que el lago sería para los markabianos...

—No era una promesa que me obligue, máxime habiendo muerto Qretsi —contesté en tono seco—. El repetidor que proporciona agua seguirá funcionando hasta que se agote su micropila, en cuyo tiempo, el Valle estará convertido en un enorme lago. Si quiere ser útil, quédese en Skandelar y practique sondeos; es inevitable que, a la corta o a la larga, acabe encontrando venas de agua que alimenten la que se pierda por evaporación cuando el repetidor haya dejado de funcionar. Y si no quiere ser útil, tanto nos

da a Concordia y a mí, ésa es la verdad.

Me volví hacia ella.

—Ése es mi modo de pensar —terminé.

—Y el mío —declaró Concordia, con lo que la cuestión quedó zanjada de un modo definitivo.

Al llegar el nuevo día, el repetidor nos proporcionó sendas palas, con las cuales enterramos los cadáveres, incluido el de Qretsi. Al terminar, me acerqué al lugar donde brotaba la fuente de agua.

Era un chorro de más de cincuenta centímetros de diámetro, que salía del paredón rocoso, a una altura de metro y medio aproximadamente. Viendo aquella gruesa vena de líquido, me admiré de lo maravilloso que era el repetidor.

Pero era un aparato que no podía dejarse en manos profanas. Había dos más, aparte del original. Destruimos uno y nos llevamos el que producía agua, aparte del de Concordia. Pavlov viajó en uno de los vehículos y nosotros dos en el otro.

En el centro del Valle ya se empezaban a ver los primeros charcos. Desde lo alto del farallón continuaba cayendo el agua y corría, en un arroyo de serpenteante trazado, a lo largo del suelo hasta la parte más baja. Cerré los ojos un momento, imaginándome lo que sería aquel paraje dentro de unos meses. Pensé que quizá nos gustaría a Concordia y a mí venir a pasar unas vacaciones a la orilla del lago que iba a formarse.

Dejamos el repetidor en el fondo del Valle y continuamos nuestro camino hasta Skandelar I, Pavlov con nosotros, en todo momento. De allí nos dirigimos a la Puerta Galáctica, en la que sin pérdida de tiempo solicitamos tres billetes para Tierra. Franqueamos la puerta y durante cinco minutos permanecimos desintegrados en el espacio.

Al integrarnos nuevamente, vimos que había desaparecido el repetidor. Concordia se echó a llorar. Pavlov se asombró y yo me desconcerté. Dije casi a gritos:

—¿Qué es lo que ha pasado?

Pavlov se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. Quizá es que, si bien a la ida fue trasladado con toda normalidad, a la vuelta se desintegró bajo la acción de la Puerta Galáctica. Es posible que tenga algo que ver en ello el que, antes de ir a Skandelar, apenas si había funcionado,

pero en aquel planeta lo hicimos trabajar demasiado en poco tiempo. Esto es una hipótesis, por supuesto, pero es la única que se me ocurre.

—Bueno —dije—, ha debido pasar lo mismo que con la electricidad: polos contrarios se atraen y polos semejantes se repelen.

—Sí, algo por el estilo. No olvidemos que el repetidor y la Puerta Galáctica tienen más o menos el mismo fundamento para su función. Quizá lo resistió una vez, pero no la segunda; a fin de cuentas, la energía de una Puerta es muy superior que la de la micropila que hacía funcionar el aparato y, al hacerlo pasar por ella, lo desintegramos para siempre.

Miré a Concordia y la atraje hacia mí.

—En lo que a mí respeta, es una cosa que no me preocupa demasiado. Y creo que a Concordia, dentro de unos minutos, tampoco. Vamos a ver qué es lo que pueden hacer dos personas para casarse con toda legalidad.

Ella sonrió a través de las lágrimas.

—Sí, vamos —dijo.

—Ah —exclamé— y espero que pronto seamos uno más… pero sin ayuda de máquinas, ¿verdad?

Concordia se sonrojó de un modo delicioso.

—Es cierto, cariño —contestó.

Y como me inclinara para besarla, Pavlov se esfumó discretamente y para siempre.

F I N